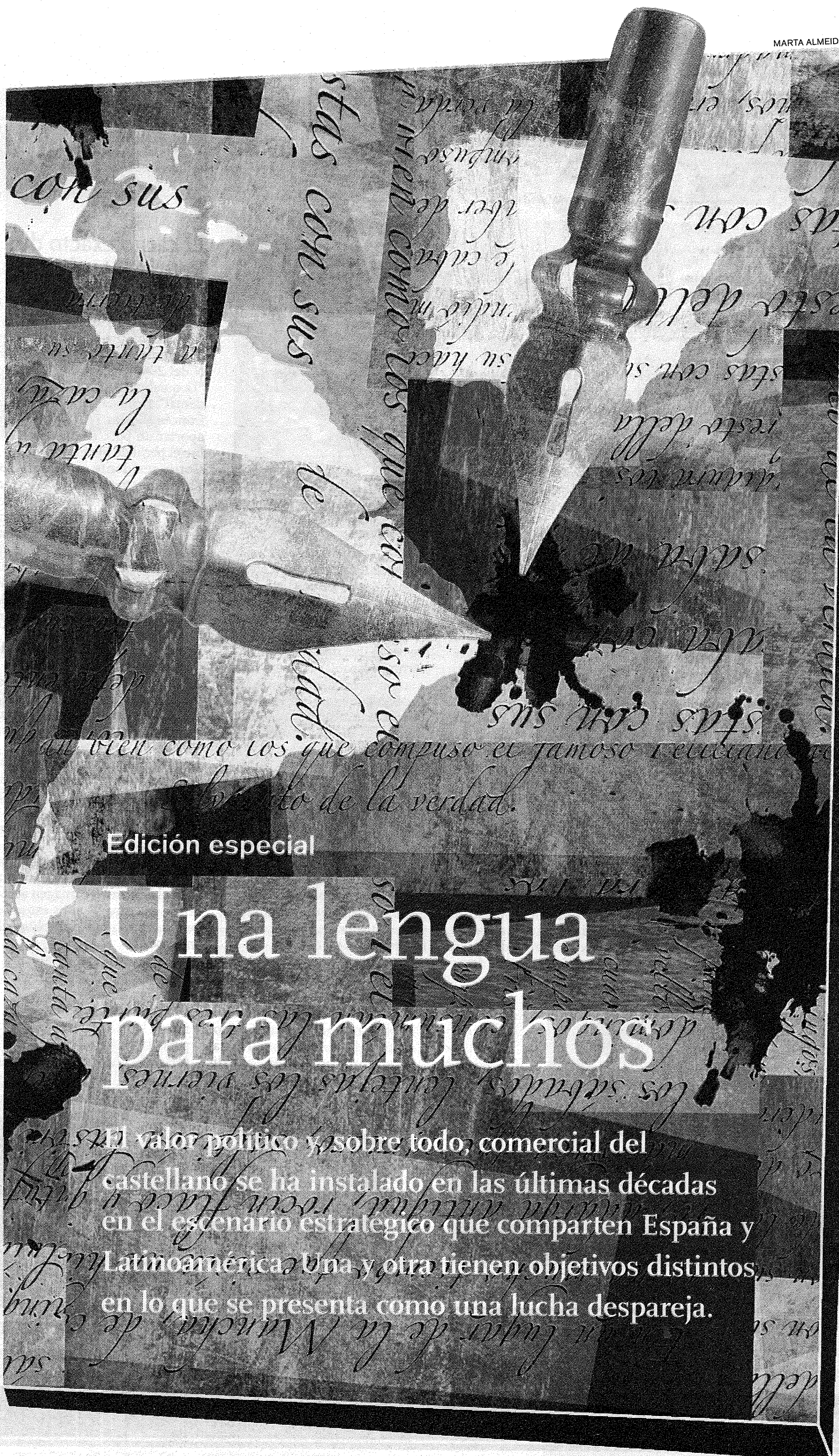


JORGE FONDEBRIDER

La lengua es el instrumento del que nos servimos los seres humanos para comunicarnos y fundamentalmente para decirle al otro quiénes somos. En consecuencia, es lícito pensar que nos constituye e identifica.

En este sentido, el castellano o español – en teoría, las dos voces nombran lo mismo, aunque el empleo de una u otra forma parte de una vieja polémica entre España e Hispanoamérica, que no termina de resolverse – debería identificar a unos 500 millones de hablantes, convirtiendo a la lengua en una de las más habladas en el mundo entero. Sin embargo, mal que les pese a los miembros de la Real Academia Española y muchas de las academias hispanoamericanas que le sirven de satélites, no es uniforme, sino de múltiples realizaciones. Y si bien ninguna de éstas es mejor que la otra, hay quien se arroga el derecho de que alguna de sus variedades se imponga por sobre las demás. Como suele suceder en estos casos, la cuestión se resuelve a la fuerza, lo que es decir con una cierta voluntad política y dinero. Se trata, claro de una ilusión como tantas otras, pero su discusión es de la mayor pertinencia.

Consultada por esta revista hace exactamente un año, la crítica literaria argentina Josefina Ludmer señalaba que en los Estados Unidos se había percibido muy bien el giro que España dio en la década de 1990, que fue cuando ese país quiso convertirse en el centro exclusivo y excluyente del castellano. "Es el momento en que España invierte sumas considerables en los departamentos universitarios dedicados a los Latin American Studies y aparece el Instituto Cervantes – decía Ludmer –. Todo lo que se produce en castellano termina pasando por allí, y como ellos son los que financian, acaban siendo los que deciden qué se estudia, qué se investiga, qué circula. En esa estrategia es fundamental el papel que juega Telefónica, ligada al Cervantes". Y alertaba: "La lengua es como el agua o el aire, uno de los recursos esenciales de nuestro presente y el más estratégico con vistas al futuro. Mientras los españoles ponen el acento en este tema y los reyes van a todos los Congresos de la Lengua, en toda América Latina ni siquiera se está pensando en esto".

Apenas unos meses antes, de paso por Buenos Aires, Angeles González Sinde-Reig, la ministra de Cultura española, lo decía con todas las letras: la difusión de la lengua española en el mundo es una política de Estado para España. ¿Por qué? La respuesta, puede buscarse en uno de los documentos del Foro de Marcas Renombradas de España, en el Plan Estratégico 2006-2010 y en el Proyecto Marca España. Allí se lee: "La estrategia de imagen de España debe ser un proyecto a largo plazo, un

como medios de consolidación de una identidad nacional única, el nuevo rey oficializó una academia que se proponía realizar un diccionario del español equiparable a los de sus homólogas italiana y francesa, y, con el tiempo, también una ortografía y una gramática, poniendo todo ello al servicio de la depuración, fijación, glorificación e implantación de la nueva lengua nacional –también lengua hegemónica de las colonias americanas y filipinas, en detrimento de sus idiomas aborígenes.

Con estas encomiendas echó a andar la Real Academia Española, bajo las riendas de un grupo de eruditos, clérigos y nobles con pujos culturales, que adaptaron la letra de la lengua nacional que iban a codificar a las melodías del pensamiento filosófico, político y lingüístico de la época. Un pensamiento que se mantuvo casi incólume con el paso de los siglos aun cuando el avance de la ciencia lingüística fue declarando obsoletos algunos de sus principios. ¿La razón? Simple: las ideas lingüísticas que manejaba la RAE, inoculadas a la población por vía escolar –y con el tiempo también a través de los media–, le permitían usurpar a los hablantes el control de su propia lengua y su confianza en su capacidad expresiva, retroalimentando el poder de la institución y el prestigio de sus miembros. En un ensayo reciente, el lingüista Juan Carlos Moreno Cabrera analiza estas creencias, evidenciando su naturaleza mítica y su nula base científica:

–El mito de la lengua perfecta y del carácter universal de esa lengua. Según este mito, en cuya raíz está la idea clásica de la corrupción de las lenguas y el episodio bíblico de la Torre de Babel, la lengua coloquial espontánea carece de sistematicidad y consistencia y está llena de imperfecciones, pues está limitada gravemente por la inmediatez, informalidad e irreflexividad propias de las actividades cotidianas, como el habla; un grado de relajo que además la hace permeable a influencias perniciosas. Para remediar esas imperfecciones hay que someterla a un proceso de limpieza que no sólo la expurgue de "impurezas", sino que la fije en una determinada forma "perfeccionada y esplendorosa", que le conferirá una naturaleza superior. Esa condición de superioridad la convertirá, a su vez, en la única forma óptima para generalizarse como lengua de entendimiento universal. El lema tradicional de la RAE ("Limpia, fija y da esplendor") se basa en estas ideas, y su labor ha perseguido casi siempre esta quimera.

–El mito del carácter convencional de las lenguas. Según esta idea, cada una de las lenguas naturales surgió mediante un contrato consensuado conscientemente y aceptado de forma explícita en una comunidad, bajo la dirección de una determinada autoridad. Este mito naturaliza el carácter artificial de la labor académica y legitima su actividad rectora. Junto al de la lengua perfecta, da origen a los conceptos de corrección e incorrección lingüística, de uso recto o desviado del camino que marcan esas supuestas convenciones instituidas por unos hablantes bajo tutela.

–El carácter sagrado de la palabra escrita y la actitud reverencial hacia lo escrito, tradiciones de pensamiento de origen grecolatino por las que se contempla la escritura como una forma más ideal de expresión verbal que la lengua oral (considerada, como hemos visto, imperfecta, degenerativa y segregadora). Esta idea ha marcado la manera en que durante siglos se han estudiado los fenómenos lingüísticos: desde la perspectiva estructural que proporcionan las gramáticas basadas en la lengua escrita (sobre todo literaria); desde la imagen restringida del léxico que dan de los diccionarios, y desde las representaciones simplificadas y distorsionadoras de las lenguas naturales que son sus ortografías.

–La idea de que las mejores realizaciones de la lengua corresponden a la gente instruida, es decir, a quienes dominan el arte de la escritura e incluso lo perfeccionan con su cultivo. Esta idea fundamenta el concepto de ejemplaridad, según el cual las formas de expresión de literatos y eruditos –y, por extensión, de los cultos– son modelos a cuya adquisición y dominio debe aspirar el resto de hablantes para salir del fango de su vulgaridad. La actual norma del español sigue manejando estos conceptos.

–El mito del genio del idioma, permanente en la institución académica española, que otorga a las lenguas en general –y al español en particular– una serie de atributos esenciales inconmovibles, que lo distinguen de otras lenguas y que son trasunto del carácter de la nación o supranación a la que la lengua representa.

–La idea del abolengo del idioma, que atribuye mayor dignidad a la variedad lingüística más cercana –formal o históricamente– a su lengua madre, y que a la vez confiere autoridad a los hablantes de dicha modalidad para guiar el devenir idiomático. Esta concepción genealógica y dinástica de las lenguas es la que convirtió el castellano centro-norteño en la única modalidad geográfica en que se basaría la norma académica durante siglos.

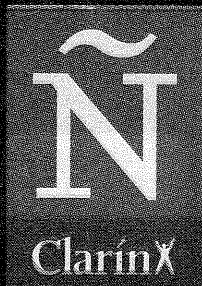
En el período poscolonial, todas estas creencias contribuyeron a cimentar la idea de que las hablas criollas americanas eran formas degeneradas de español que, desamarradas de España, irían distanciándose del tronco común hasta hacerse irreconocibles e inútiles como lenguas de cultura, y alimentaron la certeza de que, para evitar tal destino, era necesario someterlas a control, una labor que sólo podía seguir ejerciendo la Real Academia Española, como depositaria y garante de la lengua genuinamente española: la de Castilla, que, por su antigüedad y pureza, conservaba las esencias del idioma. De hecho, tras las emancipaciones, España mantenía una conciencia clara de que su peso en el orden mundial dependía de su capacidad para mantener vivo y operativo el ascendiente sobre sus antiguos dominios. En esta nueva coyuntura, la lengua española siguió instrumentalizándose como arma política y estratégica, en el entendimiento de que mantener el control idiomático al otro lado del océano permitía mostrar simbólicamente al mundo la conservación de la influencia metropolitana sobre los nuevos estados americanos, amén de allanar los intercambios comerciales entre ambas orillas. Con el objeto de que las acciones encaminadas a mantener esta tutela resultaran aceptables para unas elites criollas en principio reticentes, desde mediados del siglo XIX se desarrolló desde España una estrategia diplomática de progresivos acercamientos, que incluía la elaboración y difusión de una ideología pannacionalista en la que la lengua ocupaba un lugar central: el panhispanismo. La doctrina panhispanista aprovechó el convulso momento de conformación de las identidades latinoamericanas –en las que subyacía el temor al desarraigo cultural y a la caída bajo la influencia del naciente imperio estadounidense–, para introducir en ellas elementos que las anclaran firmemente a la metrópoli, ahora reconvertida en Madre Patria; en palabras del historiador Isidro Sepúlveda: la raza, "como valor de integración social y síntesis de la cultura"; el idioma compartido por las elites dirigentes españolas y criollas, como depositario de su comunión espiritual; la historia, "como memoria de un pasado común", y la religión, "como factor de vertebración de la comunidad de valores. Este ejercicio de representación se complementaba con la negación de los elementos alternativos de otras comunidades".



Los españoles atacan a los aztecas.

Entre las campañas estratégicas hispanoamericanistas, tiene especial relevancia la única que fue capaz de mantener efectivo el control de España sobre uno de estos elementos básicos de unión, la lengua, y de conservar con ello su valor operativo para los intereses peninsulares. Me refiero al progresivo nombramiento, desde mediados del XIX, de académicos honorarios de la RAE en América Latina y a la creación sucesiva de academias filiales, supeditadas a su control, desde 1870; dos fases de una campaña diplomática que permitiría a la institución española atajar la consolidación de los procesos de segregación ortográfica nacidos en Chile, y recuperar finalmente el pleno poder idiomático. La RAE no cedería ni un ápice de ese poder hasta mediado el siglo XX, en pleno franquismo, cuando, presionada por algunas de sus filiales y con la espada de Damocles de la secesión normativa en el horizonte, tuvo que empezar a admitir ante ellas la evidencia: que el centro demográfico de la lengua se había desplazado a América; que esta llevaba la avanzadilla de los estudios lingüísticos; que había desarrollado una excelente producción literaria; que resultaba científicamente imposible seguir afirmando que los americanismos eran expresiones bárbaras, y que la relación entre la RAE y sus correspondientes debía revisarse en favor de una mayor equidad. Así fue como se fundó en 1960 la Asociación de Academias de la Lengua Española (Asale), aunque el fruto del nuevo modelo de colaboración se haría esperar todavía mucho, por la incapacidad ejecutiva de unas academias asociadas a menudo carentes de medios y apoyo político. Así las cosas, la RAE siguió elaborando casi con completa autonomía una obra normativa fundamentada en las variantes ejemplares españolas. Este statu quo no variará hasta finales del siglo XX, cuando España redescubre el valor estratégico de la lengua como compañera de lo que se ha dado en llamar la reconquista económica españ[...] de América. Un valor que Cé[...] Alierta, presidente ejecutivo [...] Telefónica, definió a la perfecci[...] precisando el impulso que le [...] dado las academias mediant[...] elaboración de una nueva [...] ma del español, que, con alg[...] concesión obligada a su dive[...] dad, subraya su unidad: "De[...] el punto de vista del comerci[...] lengua común se erige [...] en [...] variable determinante [...] de[...] de los flujos actuales de mer[...] cías. [...] En el caso del esp[...] [...], la comunidad de lengua [...] lazos interpersonales, histó[...] y culturales que ésta procura [...] sido un factor decisivo, sin el [...] es imposible explicar el en[...] montante de flujos de inve[...] orientados hacia América L[...] desde [...] 1990. [...] Los dos [...] de cohesión hoy más activos [...] mundo iberoamericano son [...] ternacionalización empres[...] la política lingüística panhisp[...] de la Asociación de Academ[...] la Lengua Española". De [...] empresas españolas como T[...] nica, Aguas de Barcelona, R[...] YPF, Endesa, BBVA, Grup[...] tander, Planeta y Prisa-San[...] entre otras, actúan desd[...] como mecenas de las aca[...] por vía de la Fundación pr[...] complementando generos[...] te la financiación anual d[...] do español –promotor a su [...] la internacionalización d[...] firmas– con abundantes d[...] nes y con algún que otro [...] para la Asale, lo que les g[...] el servicio de estos orga[...] y de la norma que elabo[...] "comunidad de intereses [...] reconocía la propia Asale [...] bula Congratulatoria de s[...] te **Diccionario de america**[...] "Son muchas las institu[...] empresas que han ayud[...] Asociación de Academ[...] preparación del **Diccio**[...] **Americanismos**. En pr[...] gar, la empresa Repsol, [...] principal, siempre gene[...] la labor académica y, en [...] especialmente interesad[...] tecer los valores propios [...] ña al otro lado del Atlá[...] misma premisa guía el [...] que el banco BBVA rea[...] Fundación del Español [...] que en breve desemb[...] Argentina de la mano [...] demia local y del Foro d[...] mo Argentino.

Así pues, que la nor[...] mica se llame hoy par[...] y que participen en el [...] interacadémicos –aur[...] rija desde Madrid– n[...] ningún reconocimie[...] aportaciones america[...] dal idiomático, ni sup[...] que el español es un [...] de todos sus hablant[...] obedece a la comprob[...] que el imaginario co[...] do por la lengua espa[...] ayuda de las academi[...] y sigue teniendo, en [...] para la geoestrategia y [...] españolas.


Ñ
Clarín

esfuerzo sostenido en el tiempo cuya gestión y responsabilidad se sitúe por encima de la legislatura política. Debe ser un proyecto de Estado, a partir de una estrategia definida que diseñe las distintas acciones a desarrollar, tanto en el aspecto político y comercial como en el cultural. Se ha destacado en este sentido la importancia estratégica de coordinar el esfuerzo de todas las instituciones públicas y privadas mediante un ente que tenga responsabilidad al más alto nivel, que actúe como «Guardián de la marca», con responsabilidad total y absoluta sobre estas cuestiones. En esta misma línea se ha subrayado la necesidad de actuar en el ámbito diplomático sobre las instituciones multilaterales, mediante la creación y desarrollo de lobbies específicos que representen los intereses de la marca España. La coordinación institucional de la imagen de España debe ir acompañada, además, de una estrategia común con el ámbito empresarial, y en especial, con aquellas empresas que ejercen de importantes embajadores de la marca España. La estrategia de marca España debe basarse, según se ha sugerido, en una idea dominante (como, por ejemplo, el concepto de prestigio) que pueda ser utilizada por todos los públicos objetivos de la marca España, tanto en el sector turístico, el empresarial, el cultural o el político. Pero sobre todo, debe establecerse una relación importante entre la marca España y el concepto globalizador de la lengua española, como uno de los principales atributos de la marca España".

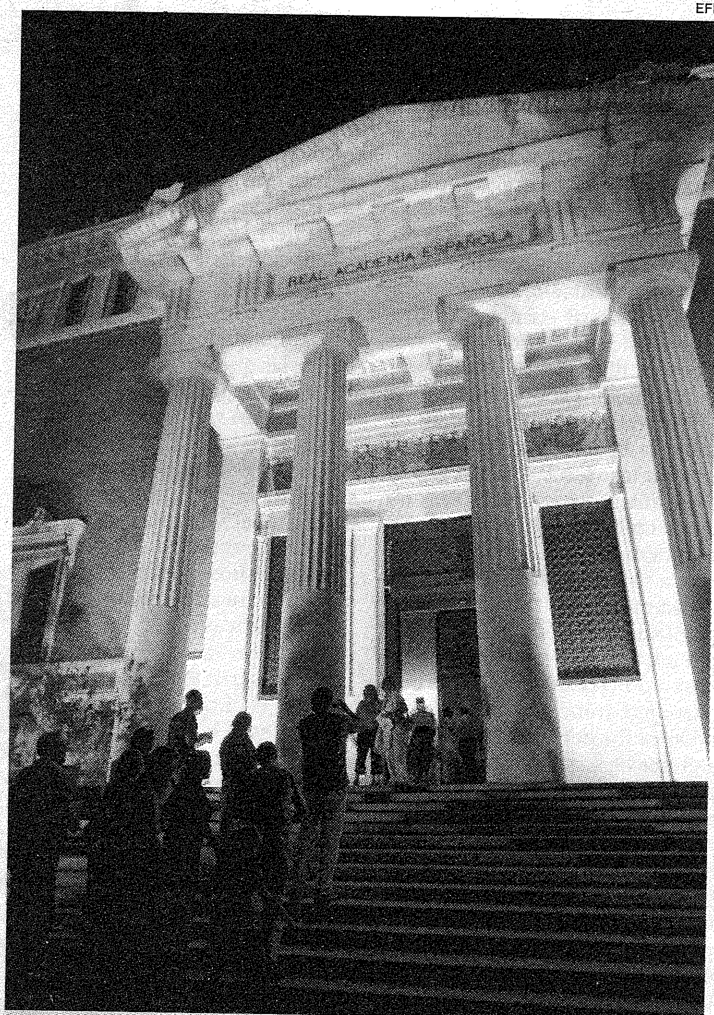
En síntesis, el castellano es una lengua con variantes propias en cada región donde se habla. Ordenar y administrar ese uso a través de gramáticas, diccionarios y sistemas de enseñanza tiene, por cierto, un valor estratégico tanto político como económico, sobre todo cuando se calcula que es una de las lenguas con mayor crecimiento en el mundo. Los temores de Josefina Ludmer – plenamente justificados – ya alertaron a argentinos y mexicanos, quienes sin enfatizar ni en la "defensa" ni en la "promoción", buscan afirmar la propia identidad lingüística respetando las otras lenguas de la región. Dicho de otro modo, la Argentina y México no plantean una versión propia del Instituto Cervantes, sino otra propuesta, otra idea, otras metas. Así, se trata de dos modelos enfrentados que, con distintos recursos, plantean una lucha en las que todos los hablantes, sabiéndolo o no, intervenimos diariamente.

Quizás a la luz de estas cuestiones resulte entonces oportuno pensar de quién es el castellano y de qué manera, conjuntamente, podría administrarse mejor, pregunta que Ñ le ha formulado a filólogos, lingüistas, académicos, traductores y escritores de varias de las provincias de la lengua castellana a uno y otro lado del mar.

Política de la lengua

¿Qué metrópoli?

Una filóloga española analiza el sentido de la Real Academia Española y sus análogas americanas, anticipando "El dardo en la Academia", texto de pronta aparición en la editorial Melusina.



EFE

Fachada del edificio de la Real Academia Española, en la calle Felipe IV, en Los Jerónimos, Madrid.

SILVIA SENZ BUENO

Las academias de la lengua pueden considerarse instituciones de ordenamiento de las hablas naturales, características de un modelo de organización político-territorial, social y económica genuinamente europeo, el Estado nación, del que Francia es paradigma y precursora. El Estado nación se desarrolla en cada territorio como resultado variable de una cadena de cambios sociales que, en Europa, arrancan en la época bajomedieval y se consolidan a inicios del siglo XX, y que incidirán drásticamente en la diversidad cultural y lingüística: 1) La creciente disputa por la hegemonía política entre los reinos expansivos de la joven Europa. 2) La progresiva conciencia de la diferencia que va surgiendo en una Europa lingüísticamente fragmentada. 3) La paulatina pérdida de preeminencia del latín como lengua de cultura, a medida que los reinos europeos mostraban su potencial cultural con la codificación de la lengua de la corte y del centro de administración, y a medida que la imprenta modelaba mercados impresos en lenguas vernaculares, creando a su vez imaginarios colectivos. 4) La emergencia y predominio de una nueva elite (la burguesía), impulsora de un nuevo modelo económico (el capitalismo) y del desarrollo de nuevos medios y herramientas de trabajo (la tecnificación y la industrialización). 5) La progresiva configuración de un sistema de organización política (el Estado moderno), favorable al asentamiento del nuevo sistema económico y de la nueva jerarquía social. 6) La formulación de ideologías (liberalismo burgués y nacionalismo) y corrientes de pensamiento (racionalismo, ilustración y romanticismo) que subvirtieron la visión del mundo y del hombre propia del sistema precedente (Antiguo Régimen) y que identificaron el concepto tradicional de nación (entendida como comunidad de pertenencia) y las ideas de progreso y modernidad con el modelo de Estado unitario, homogéneo y centralizado.

En los nacientes Estados nación, la acomodación de la diversidad lingüística y cultural –connatural a todas las sociedades– a las necesidades del nuevo modelo podría haberse planteado manteniendo su heterogeneidad. Pero, siendo las lenguas potentes identificadores sociales y culturales y, con ello, generadoras de diferencia, y suponiendo además una traba para la conformación de un mercado nacional y para la optimización de la eficiencia en la gestión del Estado, se optó mayoritariamente por asimilar la divergencia a la idiosincrasia del grupo dominante. Así, considerando que un medio común de intercambio lingüístico promovía una identidad compartida, facilitaba la cohesión social, favorecía la movilidad de las fuerzas de trabajo, engranaba el funcionamiento de la maquinaria burocrática centralizada, y que, con todo ello, se incrementaba el peso del Estado tanto hacia el interior como hacia el exterior, se impulsó la generalización de una lengua nacional única. Para afianzar su carácter común y garantizar su extensión se juzgó necesaria la elaboración de una forma estandarizada, es decir, de un modelo artificial y homogeneizado de lengua. Con este fin normalizador se integró en las políticas uniformistas a las academias de cultivo de las letras que las corrientes del humanismo vernáculo y de la Ilustración habían hecho florecer desde el siglo XVI. Asimismo, para garantizar la difusión de la lengua nacional normalizada se crearon estructuras estatales como la escuela pública, se dio cuerpo a ideologías que favorecían su aceptación, y se promulgaron medidas legales de implantación que conllevaban controles punitivos del uso público de otras lenguas.

Nace la Real Academia

En este contexto nació en 1713 la Academia Española, instituida como Real cuando, al año siguiente, el nuevo rey Felipe V la acogió bajo su protección. Felipe V era el primero de la dinastía francesa de los Borbones en ocupar el trono de la monarquía hispánica tras una larga guerra de sucesión que había enfrentado a sus partidarios con los del otro aspirante a la corona española, Carlos de Austria. Como temían los defensores de su oponente, la entronización del Borbón supuso el inicio de un proceso de centralización y unitarismo mucho más decidido, efectivo y sistemático que el que había ensayado la dinastía precedente desde Felipe IV. Pese a formar parte de una misma corona, España era hasta entonces un territorio jurídica, militar, política, monetaria y lingüísticamente plural, y esa pluralidad resultaba, a ojos del rey, un obstáculo para el libre ejercicio del autoritarismo monárquico y, según la perspectiva ilustrada y liberal que cobraría fuerza en la España de los siglos XVIII y XIX, también un escollo para el desarrollo de un Estado moderno. Así las cosas, Felipe V procedió a asimilar los diversos ordenamientos territoriales de España al modelo de Castilla, lugar donde residía la corte y donde la autoridad del monarca se ejercía con menos cortapisas, y puso en marcha una serie de medidas –ampliadas en épocas posteriores– para amoldar la realidad española al modelo de Estado centralizado que consideraba conveniente: el de su país natal, Francia. Y en un momento en que la lengua y la cultura se utilizaban como armas políticas e instrumentos propagandísticos de puertas afuera, para exhibir por medio de ellas el poder de una nación y su influencia sobre las demás, y de puertas adentro

como medios de consolidación de una identidad nacional única, el nuevo rey oficializó una academia que se proponía realizar un diccionario del español equiparable a los de sus homólogas italiana y francesa, y, con el tiempo, también una ortografía y una gramática, poniendo todo ello al servicio de la depuración, fijación, glorificación e implantación de la nueva lengua nacional –también lengua hegemónica de las colonias americanas y filipinas, en detrimento de sus idiomas aborígenes.

Con estas encomiendas echó a andar la Real Academia Española, bajo las riendas de un grupo de eruditos, clérigos y nobles con pujos culturales, que adaptaron la letra de la lengua nacional que iban a codificar a las melodías del pensamiento filosófico, político y lingüístico de la época. Un pensamiento que se mantuvo casi incólume con el paso de los siglos aun cuando el avance de la ciencia lingüística fue declarando obsoletos algunos de sus principios. ¿La razón? Simple: las ideas lingüísticas que manejaba la RAE, inoculadas a la población por vía escolar –y con el tiempo también a través de los media–, le permitían usurpar a los hablantes el control de su propia lengua y su confianza en su capacidad expresiva, retroalimentando el poder de la institución y el prestigio de sus miembros. En un ensayo reciente, el lingüista Juan Carlos Moreno Cabrera analiza estas creencias, evidenciando su naturaleza mítica y su nula base científica:

–El mito de la lengua perfecta y del carácter universal de esa lengua. Según este mito, en cuya raíz está la idea clásica de la corrupción de las lenguas y el episodio bíblico de la Torre de Babel, la lengua coloquial espontánea carece de sistematicidad y consistencia y está llena de imperfecciones, pues está limitada gravemente por la inmediatez, informalidad e irreflexividad propias de las actividades cotidianas, como el habla; un grado de relajo que además la hace permeable a influencias perniciosas. Para remediar esas imperfecciones hay que someterla a un proceso de limpieza que no sólo la expurgue de "impurezas", sino que la fije en una determinada forma "perfeccionada y esplendorosa", que le conferirá una naturaleza superior. Esa condición de superioridad la convertirá, a su vez, en la única forma óptima para generalizarse como lengua de entendimiento universal. El lema tradicional de la RAE ("Limpia, fija y da esplendor") se basa en estas ideas, y su labor ha perseguido casi siempre esta quimera.

–El mito del carácter convencional de las lenguas. Según esta idea, cada una de las lenguas naturales surgió mediante un contrato consensuado conscientemente y aceptado de forma explícita en una comunidad, bajo la dirección de una determinada autoridad. Este mito naturaliza el carácter artificial de la labor académica y legitima su actividad rectora. Junto al de la lengua perfecta, da origen a los conceptos de corrección e incorrección lingüística, de uso recto o desviado del camino que marcan esas supuestas convenciones instituidas por unos hablantes bajo tutela.

–El carácter sagrado de la palabra escrita y la actitud reverencial hacia lo escrito, tradiciones de pensamiento de origen grecolatino por las que se contempla la escritura como una forma más ideal de expresión verbal que la lengua oral (considerada, como hemos visto, imperfecta, degenerativa y segregadora). Esta idea ha marcado la manera en que durante siglos se han estudiado los fenómenos lingüísticos: desde la perspectiva estructural que proporcionan las gramáticas basadas en la lengua escrita (sobre todo literaria); desde la imagen restringida del léxico que dan de los diccionarios, y desde las representaciones simplificadas y distorsionadoras de las lenguas naturales que son sus ortografías.

–La idea de que las mejores realizaciones de la lengua corresponden a la gente instruida, es decir, a quienes dominan el arte de la escritura e incluso lo perfeccionan con su cultivo. Esta idea fundamenta el concepto de ejemplaridad, según el cual las formas de expresión de literatos y eruditos –y, por extensión, de los cultos– son modelos a cuya adquisición y dominio debe aspirar el resto de hablantes para salir del fango de su vulgaridad. La actual norma del español sigue manejando estos conceptos.

–El mito del genio del idioma, permanente en la institución académica española, que otorga a las lenguas en general –y al español en particular– una serie de atributos esenciales inconmovibles, que lo distinguen de otras lenguas y que son trasunto del carácter de la nación o supranación a la que la lengua representa.

–La idea del abolengo del idioma, que atribuye mayor dignidad a la variedad lingüística más cercana –formal o históricamente– a su lengua madre, y que a la vez confiere autoridad a los hablantes de dicha modalidad para guiar el devenir idiomático. Esta concepción genealógica y dinástica de las lenguas es la que convirtió el castellano centro-norteño en la única modalidad geográfica en que se basaría la norma académica durante siglos.

En el período poscolonial, todas estas creencias contribuyeron a cimentar la idea de que las hablas criollas americanas eran formas degeneradas de español que, desamarradas de España, irían distanciándose del tronco común hasta hacerse irreconocibles e inútiles como lenguas de cultura, y alimentaron la certeza de que, para evitar tal destino, era necesario someterlas a control, una labor que sólo podía seguir ejerciendo la Real Academia Española, como depositaria y garante de la lengua genuinamente española: la de Castilla, que, por su antigüedad y pureza, conservaba las esencias del idioma. De hecho, tras las emancipaciones, España mantenía una conciencia clara de que su peso en el orden mundial dependía de su capacidad para mantener vivo y operativo el ascendiente sobre sus antiguos dominios. En esta nueva coyuntura, la lengua española siguió instrumentalizándose como arma política y estratégica, en el entendimiento de que mantener el control idiomático al otro lado del océano permitía mostrar simbólicamente al mundo la conservación de la influencia metropolitana sobre los nuevos estados americanos, amén de allanar los intercambios comerciales entre ambas orillas. Con el objeto de que las acciones encaminadas a mantener esta tutela resultaran aceptables para unas elites criollas en principio reticentes, desde mediados del siglo XIX se desarrolló desde España una estrategia diplomática de progresivos acercamientos, que incluía la elaboración y difusión de una ideología pannacionalista en la que la lengua ocupaba un lugar central: el panhispanismo. La doctrina panhispanista aprovechó el convulso momento de conformación de las identidades latinoamericanas –en las que subyacía el temor al desarraigo cultural y a la caída bajo la influencia del naciente imperio estadounidense–, para introducir en ellas elementos que las anclaran firmemente a la metrópoli, ahora reconvertida en Madre Patria; en palabras del historiador Isidro Sepúlveda: la raza, "como valor de integración social y síntesis de la cultura"; el idioma compartido por las elites dirigentes españolas y criollas, como depositario de su comunión espiritual; la historia, "como memoria de un pasado común", y la religión, "como factor de vertebración de la comunidad de valores. Este ejercicio de representación se complementaba con la negación de los elementos alternativos de otras comunidades".



Los españoles atacan a los aztecas.

Entre las campañas estratégicas hispanoamericanistas, tiene especial relevancia la única que fue capaz de mantener efectivo el control de España sobre uno de estos elementos básicos de unión, la lengua, y de conservar con ello su valor operativo para los intereses peninsulares. Me refiero al progresivo nombramiento, desde mediados del XIX, de académicos honorarios de la RAE en América Latina y a la creación sucesiva de academias filiales, supeditadas a su control, desde 1870; dos fases de una campaña diplomática que permitiría a la institución española atajar la consolidación de los procesos de segregación ortográfica nacidos en Chile, y recuperar finalmente el pleno poder idiomático. La RAE no cedería ni un ápice de ese poder hasta mediado el siglo XX, en pleno franquismo, cuando, presionada por algunas de sus filiales y con la espada de Damocles de la secesión normativa en el horizonte, tuvo que empezar a admitir ante ellas la evidencia: que el centro demográfico de la lengua se había desplazado a América; que esta llevaba la avanzadilla de los estudios lingüísticos; que había desarrollado una excelente producción literaria; que resultaba científicamente imposible seguir afirmando que los americanismos eran expresiones bárbaras, y que la relación entre la RAE y sus correspondientes debía revisarse en favor de una mayor equidad. Así fue como se fundó en 1960 la Asociación de Academias de la Lengua Española (Asale), aunque el fruto del nuevo modelo de colaboración se haría esperar todavía mucho, por la incapacidad ejecutiva de unas academias asociadas a menudo carentes de medios y apoyo político. Así las cosas, la RAE siguió elaborando casi con completa autonomía una obra normativa fundamentada en las variantes ejemplares españolas. Este statu quo no variará hasta finales del siglo XX, cuando España redescubre el valor estratégico de la lengua como compañera de lo que se ha dado en llamar la reconquista económica espa
de América. Un valor que C
Alierta, presidente ejecutiv
Telefónica, definió a la perfec
precisando el impulso que le
dado las academias median
elaboración de una nueva
ma del español, que, con alg
concesión obligada a su div
dad, subraya su unidad: "D
el punto de vista del comerc
lengua común se erige [...] er
variable determinante [...] de
de los flujos actuales de me
cías. [...] En el caso del esp
[...], la comunidad de lengua
lazos interpersonales, histó
y culturales que ésta procur
sido un factor decisivo, sin e
es imposible explicar el en
montante de flujos de inve
orientados hacia América L
desde [...] 1990. [...] Los do
de cohesión hoy más activos
mundo iberoamericano son
ternacionalización empres
la política lingüística panhis
de la Asociación de Academ
la Lengua Española". De l
empresas españolas como T
nica, Aguas de Barcelona, F
YPF, Endesa, BBVA, Grup
tander, Planeta y Prisa-San
entre otras, actúan desd
como mecenas de las acad
por vía de la Fundación pr
complementando generos
te la financiación anual de
do español –promotor a su
la internacionalización d
firmas– con abundantes d
nes y con algún que otro
para la Asale, lo que les ga
el servicio de estos orga
y de la norma que elabor
"comunidad de intereses
reconocía la propia Asale e
bula Congratulatoria de su
te **Diccionario de america**
"Son muchas las institu
empresas que han ayud
Asociación de Academi
preparación del **Diccio**
Americanismos. En pr
gar, la empresa Repsol,
principal, siempre gene
la labor académica y, en e
especialmente interesada
tecer los valores propios
ña al otro lado del Atlán
misma premisa guía el p
que el banco BBVA rea
Fundación del Español
que en breve desemba
Argentina de la mano c
demia local y del Foro de
mo Argentino.

Así pues, que la nor
mica se llame hoy pan
y que participen en ell
interacadémicos –aun
rija desde Madrid– no
ningún reconocimie
aportaciones americar
dal idiomático, ni supo
que el español es un co
de todos sus hablantes
obedece a la comproba
que el imaginario com
do por la lengua espa
ayuda de las academias
y sigue teniendo, en la
para la geoestrategia y l
españolas.

Según declara en esta nota Pedro Luis Barcia, presidente de la Academia Argentina de Letras la institución tiene un perfil muy definido y de avanzada respecto de otras academias hispanoamericanas, aunque menos dinero que su par española, que no es generosa, sino reali

La Academia Argentina

Dejar constancia de lo que se dice

MARIA LUJAN PICABEA

La lengua materna, la de la casa, la de la madre, da identidad, sentido de pertenencia, sentido de herencia y ubicación en un medio. La lengua materna es tan fuerte que un conquistador romano, en momentos en que no podía manejar a un pueblo bárbaro que estaba en lo que ahora es Alaska, lo que hizo para quebrarlo fue reunir a todas las mujeres del pueblo y cortarles la lengua. Al hacerlo se perdió la tradición del pueblo, los hábitos y costumbres porque las mujeres enseñan todo en la casa. Con la lengua todo, a partir de la lengua viene la tradición cultural del pueblo. La lengua materna es un aporte fundacional para la persona", dice con vehemencia Pedro Luis Barcia y no parece encarnar la voz del Presidente de la Academia Argentina de Letras sino más bien la de un entusiasta, alguien para quien la lengua, aunque materia de estudio, es más bien un inmenso río en el cual bien vale naufragar, volver a la orilla, recuperar el aliento y volver a zambullirse. "El hombre que sabe hablar, que tiene gusto por el idioma, el hombre culto, la mujer culta son los que producen cambios en la lengua", dice Barcia y advierte que en esos cambios, en esos gestos de creatividad del hablante está la verdadera apropiación de la lengua.

–¿De quién es, entonces, el español?

–El español es de quien lo sepa hablar y maneje el sistema. Ninguno que quede fuera del sistema por minusválido verbal, porque ignora los recursos de la sintaxis o tiene un pobre léxico puede decir que maneja el idioma. De modo que aquellos que tienen el manejo fluido, conciso, correcto y claro –las tres "C" importantes para la comunicación–, de alguna manera, es dueño del idioma y no tiene por qué sujetarse más que a los buenos modelos y a la tradición de la lengua en su propio país. Pero es el pueblo culto el que genera los cambios en el idioma, no el pueblo común que no tiene lecturas. Una lengua es más rica y pesa más en el mundo cuando tiene un Jorge Luis Borges detrás; un país pesa más con un Julio Cortázar detrás. La lengua es en parte del pueblo culto y en parte de los medios, que son una cátedra insomne que no descansa ni un día y da modelos que influyen en los hablantes, generalmente y sobre todo en la oralidad, en forma negativa. La expresión escrita mantiene un nivel aceptable y en algunos casos muy superior a otros diarios de Hispanoamérica. Creo que nadie debería sentirse dueño de la lengua pero debe contribuir a que esta sea señora.

–¿Cuál es el lugar que le cabe a la Academia?

–La Academia no puede entenderse como dueña de la lengua. Interviene sólo como un escribano y da constancia de lo que está bien dicho o mal dicho según los mejores escritores y los mejores hablantes, y observa qué cosas podrían corregirse. Ha dejado atrás esa actitud de maestro ciruela, claro que con la diferencia de que la Academia sabía leer y escribir, no como el maestro ciruela que no sabe leer y pone escuela.

–¿Puede pensarse a las Academias como guardianas, a veces, carceleras de la lengua?

–Creo que pueden ser guardianas pero no en el sentido de carceleras. Yo diría, más bien, que la Academia –la Argentina– es una escribana, una señora que deja constancia de lo que se dice y que buenamente advierte: *Mire no convendría que usted diga así las cosas. Es mejor decirlas así.* Yo diría que la Academia debería ir adoptando formas suasorias, enlabiantes o enlabiadoras para que la gente atienda lo que dice. Por eso, si la Academia no está en los medios no existe. La Academia es cuidadosa del idioma, cuida y cultiva, cuida y protege el idioma y trata de que los hablantes no se empobrezcan cuando lo usan. Una de las lecciones que tiene que dar la Academia es en el enriquecimiento de la lengua, por eso es que publica tanta obra de léxico variado, para que el hablante no se reduzca a usar ochocientas palabras, que sepa que la oferta de la lengua es enorme.

–¿Cuál es la relación de las academias en general y de la Argentina en particular con la Real Academia Española? ¿Persiste la noción de centro periferia?

–Tengo la seguridad de que la Academia Argentina tiene un perfil muy definido y muy de avanzada frente a otras academias y no tiene sino menos dinero que la Española. Ellos ponen el dinero para reuniones y, a veces, se les asoma algún atisbo de Imperio pero es escasísimo porque desde hace unos diez años que se inició este cambio han aceptado una realidad. No es que sean generosos, son realistas. Si cada diez hablantes nueve están de este lado del Atlántico n ser de otra manera. Por la última propuesta que hacer en la reunión de B que las frases que no se ricanismos lleven al lado cación ESP, de Español, el Diccionario que era de con incorporación de a nismos ahora sea un **D rio de la lengua**, distin lo americano de lo espa con paridad. Cierto es q aparecen más americani el diccionario es culpa de demias americanas que

JUAN MANUEL FOGLIA

Pedro Luis Barcia, un académico con perfil muy alto.

BARCIA BASICO

GUALEGUAYCHU, ENTRE RIOS, 1939. LINGÜISTA, DOCTOR EN LETRAS

Egresado de la Universidad Nacional de La Plata con una tesis doctoral sobre el rabí Sem Tob de Carrión, Barcia es actualmente el Presidente de la Academia Argentina de Letras, miembro de número de la Real Academia Española, miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española y académico de número de la Academia Nacional Sanmartiniana. Investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y docente en la Universidad de La Plata y de la Universidad Austral. En esta última fundó el Instituto de Estudios Americanistas "Julián Cáceres Freyre" y dirige el Posgrado de la Facultad de Comunicación. Ha publicado más de cincuenta títulos, dirige y coordina varias de las publicaciones de la Academia. Es autor, junto a Gabriela Pauer, del "Diccionario fraseológico del habla argentina" (2010).

ın por esto. Por ejemplo, no hay ıinguna otra Academia que tenga ın diccionario de fraseología pro- ·ia, en España hay muchos pero ·o hechos por la Academia. En ·uestro **Diccionario Fraseológico el habla argentina** hay una con- ·iencia de defensa de la identidad ·ngüística que está muy firme en ·osotros y esto para nada moles- ·a los españoles. A mí España ·unca me molestó y yo cuando ·ıve que criticar la aprobación de ·guna norma ortográfica puse ·grito en el cielo y se revisaron ·s cosas. Es una mirada un poco ·ıera de tiempo y de lugar seguir ·ensando que dependemos de España. Ni siquiera económicamen- ·, nosotros no publicamos libros ·ependiendo de España.

·La Academia realiza publica- ·ones, por ejemplo, con el gru- · Planeta o Santillana, ¿en qué ·edida esta sociedad con gru- ·os españoles pone un pie sobre · español de la Argentina?

·España, la Real Academia Espa- ·la, apoya las obras que se hacen ·n España pero, por ejemplo, to- · nuestra colección **La Academia ·a Lengua del Pueblo** la publica- ·os gracias a la Fundación YPF. ·ıora el Banco de Galicia nos va a ·gar cuatro tomos de una colec- ·ın bolsillable de materia argen- ·ıa. A nosotros España no nos · dinero para publicar nuestros ·ros, tampoco el Gobierno que ·o nos paga el boletín. El resto · gestiona y se consigue dinero · distintas empresas. Yo no me ·nto a esperar dinero en cara- ·las, porque no viene. Todo lo · conseguimos lo hacemos con ·ıerzo y apoyo de las empresas argentinas. Yo me caracterizo por defender lo nuestro sin aislarme del mundo, creo que hay que trabajar sobre lo *glocal*, sobre la globalidad y lo nuestro.

–Al presentar la colección La Academia y la Lengua del Pueblo, con los léxicos del mate, de la carne, etc, usted decía que la Academia recogía, organizaba y luego devolvía ese léxico al pueblo. ¿Cómo opera ese retorno en la gente, esa venia de la Academia? ¿El pueblo puede reconocerse en esos léxicos?

–Lamentablemente la obra no se vende en librerías, pero se ha vendido bien y ha resultado muy sabrosa. Tiene buena acogida. Esta colección de léxicos es una muestra clara de aquello de tomar del pueblo. La Academia, de alguna manera, vive como un cafisho pero no de una mina sino de un hombre, que es el pueblo. Tomar de la boca viva del pueblo, sintetizarlo, organizarlo y devolvérselo es una contribución importante para la identidad, para que la gente sepa el poder creativo que tiene. Es una buena entrada para robarle al pueblo y después devolverle ordenado el dinero.

–¿Apropiarse de la lengua, como hablante, es de alguna manera contravenir sus reglas?

–Sí, porque si hay creatividad por parte del autor, evidentemente... yo he sido censurado como muy neologista, pero he introducido neologismos bien hechos, por eso los defiendo. Tenemos una colección que llamamos bolsillable y me han dicho que es esta una palabra que no existe. Se la robé a Ortega en 1922. Es una palabra frente a *pocket book* que son dos, es una economía. Y bolsillable dice lo suyo. Yo creo que cuando uno tiene gusto por el idioma disfruta de crear palabras y es válido siempre que no sean mamarrachos. El buen hablante siempre genera algún cambio, generalmente cambios léxicos, algunas variantes sintácticas, aunque pocas. Pero sí, en el léxico hay mucha creación por parte del hablante.

–En el juego de permitir, aceptar o negar un palabra, las Academias esgrimen el poder, pero ¿cómo debería ejercerse y qué hay tras ese poder?

–Hay un poder, pero hay un poder con el que hay que tener cuidado, porque el ejercicio del poder que la Academia hizo por mucho tiempo fue un ejercicio un poco despótico de decir: *se dice o no se dice*. Por eso yo estoy curado en salud y digo siempre *a según*, como dice el paisano. Cuando yo descubrí que la Academia en el año 1943-1944 estaba encargada por la Dirección de Correos, que tenía a su cargo las *broadcasting*, le había pedido dos oyentes que señalaran los errores que se cometían. Yo recogí todo ese material e hice un estudio y descubrí que el ochenta por ciento de lo que se había marcado como defecto en su momento, hoy está en vigencia entre la gente culta. De modo que hay que ser muy cauto y decir *esto no se usa ahora, esto no se usa aquí*. Yo creo que la Academia debe hacer el esfuerzo de ilustrar lo mejor que se pueda la norma, porque el primer error que se comete es cerrarse en norma inflexible, porque siempre puede flexibilizarse. Hay que ser cuidadoso de no ser tan drásticos.

–Actualmente la Academia Argentina trabaja junto a la Fundación para el Español Urgente (Fundéu BBVA) en recomendaciones lingüísticas a los medios. Pero las sugerencias de la Fundéu suelen ser bastante drásticas....

–Es factible. Yo diría que se erguía con demasiada prepotencia antes, ahora está más atenuada. Al principio sí, porque lo que la movía era la necesidad de dar unidad urgente, y la urgencia puede llevar a tomar dictámenes que a veces pueden ser discutibles. Todo lo que tiene que ver con la lengua se debate entre la opcionalidad plena y la sujeción a las normas. La Fundéu ahora, al interactuar con las Academias, está entrando en un diálogo que va llevar su tiempo hasta que podamos entender que esto es panhispánico. Con el tiempo este instrumento de la Fundéu y sus recomendaciones, asesorada por las Academias, se va a ir graduando hasta llegar a ser muy efectivo. Hay que tener confianza en ello.

–¿Dé que se debe proteger a la lengua?

–Se protege a la lengua de la inundación incontenible de extranjerismos que no pasen por un nivel de necesidad. Cuando los extranjerismos son innecesarios no hay por qué usarlos y lo único que demuestran es la tilinguería del que no conoce la propia lengua entonces usa términos extranjeros. Claro que no hay ningún impedimento para que se usen todos los extranjerismos que se quiera, siempre que se los escriba en bastardilla, porque de ese modo se indica que son bastardos, no hijos de nuestra lengua.

JAVIER BASIL

La perspectiva lingüística

Pensar la lengua del siglo XXI

El autor del "Diccionario básico del español de México", renombrado lingüista y académico, además de investigador del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y miembro de El Colegio Nacional, reflexiona sobre el castellano del presente siglo.



LUIS FERNANDO LARA

Para todos nosotros, cuya lengua materna es el español, hablar o escribir es ante todo una práctica cotidiana y espontánea. Lo mismo sucede con los hablantes de otras lenguas, o con nosotros mismos, cuando aprendemos a hablar suficientemente una lengua extranjera. Practicada la lengua materna desde la más temprana niñez, no nos damos cuenta de que, conforme vamos recibiendo la lengua de nuestros padres y de la sociedad en que vivimos, vamos adquiriendo también una educación de la lengua, es decir, una manera o un conjunto de maneras de hablarla o de escribirla. La facultad de hablar una lengua, dice Noam Chomsky, es universal y natural al ser humano; sí; pero esa facultad sólo encarna, sólo se hace concreta con una lengua particular y esa lengua particular no surge sola de la cabeza de cada persona, sino que se va conformando en su aprendizaje y en su educación por una sociedad determinada. Sólo así aprendemos cómo hablar a los mayores, cómo hablar con la gente de nuestro barrio, de nuestra ciudad, de nuestra región; sólo así hacemos nuestras las tradiciones de la lengua de cultura, esa que reconocemos tanto en Cervantes y Sor Juana Inés de la Cruz, como en Sarmiento, José Hernández, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, Alejo Carpentier, o Rubén Darío, Ramón López Velarde y Tomás Segovia. Argentinos y mexicanos, españoles y cubanos, reconocemos en ellos nuestra misma lengua, aunque los acentos y las tonadas cambien, el vocabulario sea distinto o tengamos ciertas preferencias al formular una oración.

Tal capacidad de identificar en la variedad real una misma lengua no es efecto natural de la comunicación humana y ni siquiera de la asombrosa capacidad de comunicación que nos ofrece el mundo contemporáneo. Es resultado de una educación en la que privan dos valores sociales: el de la posibilidad de entendernos y el de la identidad –una abstracción– del español. El valor del entendimiento se gestó durante la Baja Edad Media, por el interés del rey Alfonso X "El Sabio" de Castilla, quien inauguró la prosa castellana (ciencia, jurisprudencia, historia), no para oponer el castellano a las lenguas vecinas –él mismo escribió en gallego-portugués–, sino para lograr el entendimiento entre los pueblos que iban cayendo en sus manos conforme avanzaba la llamada "Reconquista" cristiana de la península ibérica. El valor de la identidad del español fue obra de Nebrija, quien la plasmó en su **Gramática** de 1492, y cuyo efecto se hizo sentir a lo largo de los siglos que duró la colonización española del continente americano. Fueron, en cambio, las independencias hispanoamericanas las que dieron lugar a la formación de un tercer valor social: el de la unidad de la lengua, gracias a un gramático cuya influencia se esparció por todo el continente: Andrés Bello. Preocupado sinceramente por lo que podría suceder con el español a partir del momento –casi simultáneo– en que se constituyeron nuestros países y nuestras nacionalidades hispanoamericanas, cuando hubo en América quienes, como Sarmiento o Alberdi, se preguntaron seriamente si la independencia de España no debiera implicar una total independencia lingüística, Bello escribió su gramática "para el uso de los americanos" con el objetivo de conservar una unidad de la lengua que siguiera facilitando el entendimiento entre todos los hispanohablantes. Desde entonces, el valor de la unidad de la lengua se ha impuesto sobre el valor del entendimiento –que no necesariamente es monolingüístico, como lo demuestra la obra del rey sabio– y es el que define su identidad.

Cuando en una sociedad hay necesidad y voluntad de entenderse con sociedades vecinas, la mutua inteligibilidad se construye y se aprecia: hay que pensar en lo que hacemos los hispanoamericanos cuando viajamos a Brasil, a Italia o a Cataluña: quizá no sabemos hablar portugués, italiano o catalán, pero gravitando sobre el asombroso fondo común latino, logramos darnos a entender con ellos y apreciar sus lenguas. Algo semejante hacemos cuando vemos películas españolas, argentinas, colombianas o mexicanas: obviamos las diferencias e incluso las celebramos. Cuando, en cambio, sobre el valor del entendimiento se sobrepone el valor de la identidad, nos encontramos con sociedades que se niegan a hacer el esfuerzo de entender a los demás, como a veces nos sucede en Francia. Quizá sea la identidad del francés, tan insistentemente buscada desde la época de Francisco I e incluso exageradamente, durante los años inmediatamente posteriores a la Revolución francesa, el mejor ejemplo de lo que implica la defensa de la identidad de la lengua sobre la necesidad humana de entenderse. (Durante la Revolución se persiguió las variedades regionales francesas y se las prohibió como contrarrevolucionarias; hoy día, la cuestión de la identidad del francés parece ser el mayor obstáculo para que los francófonos de Quebec rompan la "esquizofrenia lingüística" de hablar su francés pero tener que enseñar el francés de la Ile de France).

Algo semejante está sucediendo con el valor hispánico de la unidad de la lengua. Si la fundación de la Real Academia Española tenía como principal objetivo la celebración de la calidad de la lengua, tal como lo había mandado hacer el cardenal Richelieu para el francés casi cien años antes, desd

el momento en que Bello enunció y defendió la unidad del español, la Academia se ha venido convirtiendo en guardiana de la unidad, pero una guardiana metropolitana y española, no hispánica, de un español cuya ortografía y cuyo léxico, principalmente, pretende dirigir. Así, desde mediados del siglo XIX las variedades hispanoamericanas, consideradas *a priori* como tendientes a la incorrección y al barbarismo, han venido subsumiéndose a la idea de que hay un "español general" definido por la Academia sobre el castellano de Madrid, principalmente, rodeado por los españoles periféricos de América (aunque así han tratado también al de Extremadura, Andalucía y Canarias). Menudean los diccionarios de americanismos (ahora piadosa y tramposamente rebautizados como "diccionarios del español de cada país" como Chile, Colombia, etc. Los únicos diccionarios verdaderos del español integral de un país son los de Argentina y México); la Real Academia presentó un nuevo **Diccionario de americanismos** a fines de 2010; tal obra, por bien que estuviera documentada y redactada –lo que no es el caso– no tiene por objetivo principal apreciar la variedad hispánica, sino seguir perpetuando la diferencia entre ese supuesto español general metropolitano y las diversas variedades hispanoamericanas.

La educación de la lengua en Hispanoamérica ha sufrido esa dicotomía entre el español académico, considerado como el ideal de la lengua, y los españoles que hablamos: ¿por cuánto tiempo corrigieron a los niños argentinos en la escuela para que no usaran sus imperativos "mirá", "subí", "vení", y para que desarraigaran el voseo de su habla? ¿No fue nada menos que don Ramón Menéndez Pidal quien pensaba que si a los hispanoamericanos nos educaran "bien" podríamos aprender la diferencia castellana entre ese y zeta? ¿No fue Leopoldo Alas quien sostuvo que "los españoles son los amos del idioma"? ¿No es ahora la prensa española la que envía a Hispanoamérica sus noticias, en donde se habla de "zulo" y no de "agujero", de "paro" y no de "desempleo", de "seísmo" y no de "sismo" o de "temblor"; en donde se lee "el Real Madrid encajó tres goles del Barcelona", que quiere decir, en español culto –he ahí la diferencia– "el Barcelona le encajó tres goles al Real Madrid"? ¿No llaman la atención las piruetas conceptuales de los libros de estilo españoles para justificar las dos preposiciones a por en "voy a por el pan" o para imponer el antietimológico leísmo ("le he visto") al más general "lo he visto"?

Aceptada la dicotomía entre "español general" académico y "español periférico" americano, la capacidad financiera de la Real Academia, apoyada por la corona y las grandes empresas transnacionales españolas, no promueve la conservación de la unidad, sino la unificación del español, dirigida e impuesta desde España (la Fundación Español Urgente: Fundéu). Unidad y unificación no son lo mismo: la unidad ha existido siempre y con ella la variedad de la lengua, riqueza suprema de nuestras culturas nacionales; la unificación lleva a la pérdida de las diferencias culturales, que nutren al ser humano y son tan importantes como la diversidad biológica de la Tierra.

Culturas nacionales: desde que nacieron los primeros criollos, mestizos y mulatos en el continente hispanoamericano, las diferencias de colonización, las improntas que dejaron en las nacientes sociedades americanas los pueblos aborígenes, la explotación de las riquezas naturales, las redes comerciales coloniales fueron creando culturas propias, diferentes entre sí, aunque con el fondo común de la tradición española. Después de las independencias, cuando se instituyeron nuestras naciones, bajo diferentes influencias, ya francesas, ya inglesas; cuando los inmigrantes italianos, sobre todo, dieron su pauta a Argentina, Uruguay o Venezuela, esas culturas nacionales se consolidaron y con ellas su español, pues la lengua es, ante todo, constituyente. Así, el español actual de España no es sino una más de las lenguas nacionales del mundo hispánico. El español actual es el conjunto de veintidós españoles nacionales, que tienen sus propias características; ninguno vale más que otro. La lengua del siglo XXI es, por eso, una lengua *pluricéntrica*.

Pero además, por las mismas condiciones de la evolución y el desarrollo moderno de estas naciones, las capitales de algunas de ellas han adquirido un mayor poder de irradiación de la lengua sobre las demás, mediante su producción editorial y su producción cinematográfica, televisiva y radial: Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Madrid y México han sido desde el siglo XX, centros de irradiación del español; hoy hay que sumar a ellas, probablemente, Miami y Los Angeles. Aun cuando no se disponga todavía de un estudio profundo y completo de los factores que vuelven a estas ciudades polos de irradiación, se puede afirmar su importancia en la conformación actual del español. En consecuencia, el español del siglo XXI es también una lengua *multipolar*.

Tales policentrismo y multipolaridad del español actual hacen de nuestra lengua un interesante complejo lingüístico como no parece encontrarse en otras lenguas del mundo, y requieren comprenderlos y tomarlos en cuenta en relación con los tres valores históricos del español: entendimiento, identidad y unidad. El policentrismo tiende a afirmar las variedades nacionales y ya se dan casos (esporádicos) de afirmaciones nacionalistas que pretenden distanciar su español en relación con los otros; la multipolaridad hace predominar las variedades nacionales de los polos de irradiación, a despecho de las demás variedades nacionales. Ambos hechos se manifiestan sobre todo en la traducción de obras en lengua extranjera, tanto literarias como científicas, así como en los doblajes y subtitulajes de películas y series de televisión. Se dan casos en que los hablantes de una variedad nacional reaccionan negativamente a las traducciones que reciben. La acción de los libros de estilo españoles, de las Academias y de la Fundeu promueve, claramente, la unificación de la lengua a partir de la variedad nacional española y sus polos de irradiación; poco a poco va creciendo la protesta en Hispanoamérica a ese afán de dirigir la unidad del español.

Otra solución

Hay otra solución posible: recuperar la lengua literaria, producto de su cultivo histórico desde el siglo XII. Esa lengua, que todavía se aprende en las facultades filosofía y letras, no debe considerarse como patrimonio español, sino como patrimonio de todos los hispanohablantes. En ella han escrito nuestros mejores autores: Borges y Fuentes, Sánchez Ferlosio y Arreola, García Márquez y Lezama Lima. La lengua literaria o lengua culta es sustancialmente una tradición, que renuevan los mejores hablantes de español; es una memoria educada de las mejores experiencias de la lengua, que forma la tradición culta del español. Como tradición, no es codificable; es decir, no se puede establecer una lista de "lengua correcta", como lo pretenden los libros de estilo y la Fundéu. La lengua literaria se aprende en la lectura y en la práctica de la escritura, generalmente orientadas por un maestro, en la escuela y en la universidad, y por lo tanto es variable; no sólo eso: se nutre de la variedad. Para que se conserve la tradición culta de la lengua no hacen falta agencias normativas dedicadas a su codificación; hace falta una educación abierta y libre.

La divergencia entre las lenguas nacionales, y la que se produce cuando los polos de irradiación se atienen, con miopía, a sus respectivas lenguas nacionales -se ve claramente en las traducciones españolas- se resuelve no imponiendo una codificación o una sola de las variedades, sino ateniéndose a la tradición culta, cuya única patria es la lengua. Que esta solución es más compleja y difícil de manejar, no hay duda, pero es mejor que el sometimiento a una variedad que se impone o a la dispersión de lenguas nacionales impermeables a las demás.

Un instrumento de la lengua

Quinientos millones hablan español

El director del Centro Cultural de España en Buenos Aires explica los alcances y acciones del Instituto Cervantes, que ya tiene sedes en los cinco continentes.

RICARDO RAMON JARNE

De quién es el español? La respuesta es bien fácil, de los quinientos millones de personas que lo hablamos, y somos nosotros los que la convertimos en la segunda lengua en cuanto al número de hablantes y comunicación internacional, así como en el tercer idioma más utilizado en Internet. Es el idioma oficial en 21 países, y su progresión es increíble, según datos facilitados por el Instituto Cervantes, "en 2030, el 7,5% de la población mundial será hispanohablante. En 2050, Estados Unidos será el primer país hispanohablante del mundo".



El director del CCEBA.

¿Cómo se regula una lengua con tantos y diferentes hablantes? Hay 22 academias repartidas por todos los países hispanohablantes, que son las encargadas de, como se decía siempre, "limpiar, fijar y dar esplendor" al idioma español. Estas, constituidas como Asociación de Academias de la lengua Española han publicado recientemente la **Gramática de la Lengua Española**, resultado de once años de trabajo, que es ejemplo de metodología de investigación, de un buen uso y manejo de la documentación y de un indispensable consenso que hizo que fuera aprobada por todas. Según la RAE, "esta obra colectiva presenta un mapa de la unidad y de la variedad del español en el ámbito de la gramática, ilustra las construcciones con ejemplos que proceden de muy diversas fuentes y valora tanto la corrección como la propiedad de los usos analizados. La Nueva gramática pone con claridad de manifiesto que la norma de corrección no la proporciona un solo país, sino que tiene carácter policéntrico".

El Instituto Cervantes

El interés que el idioma español esta suscitando en todo el mundo hace que se creen departamentos de español en las más importantes universidades del mundo.

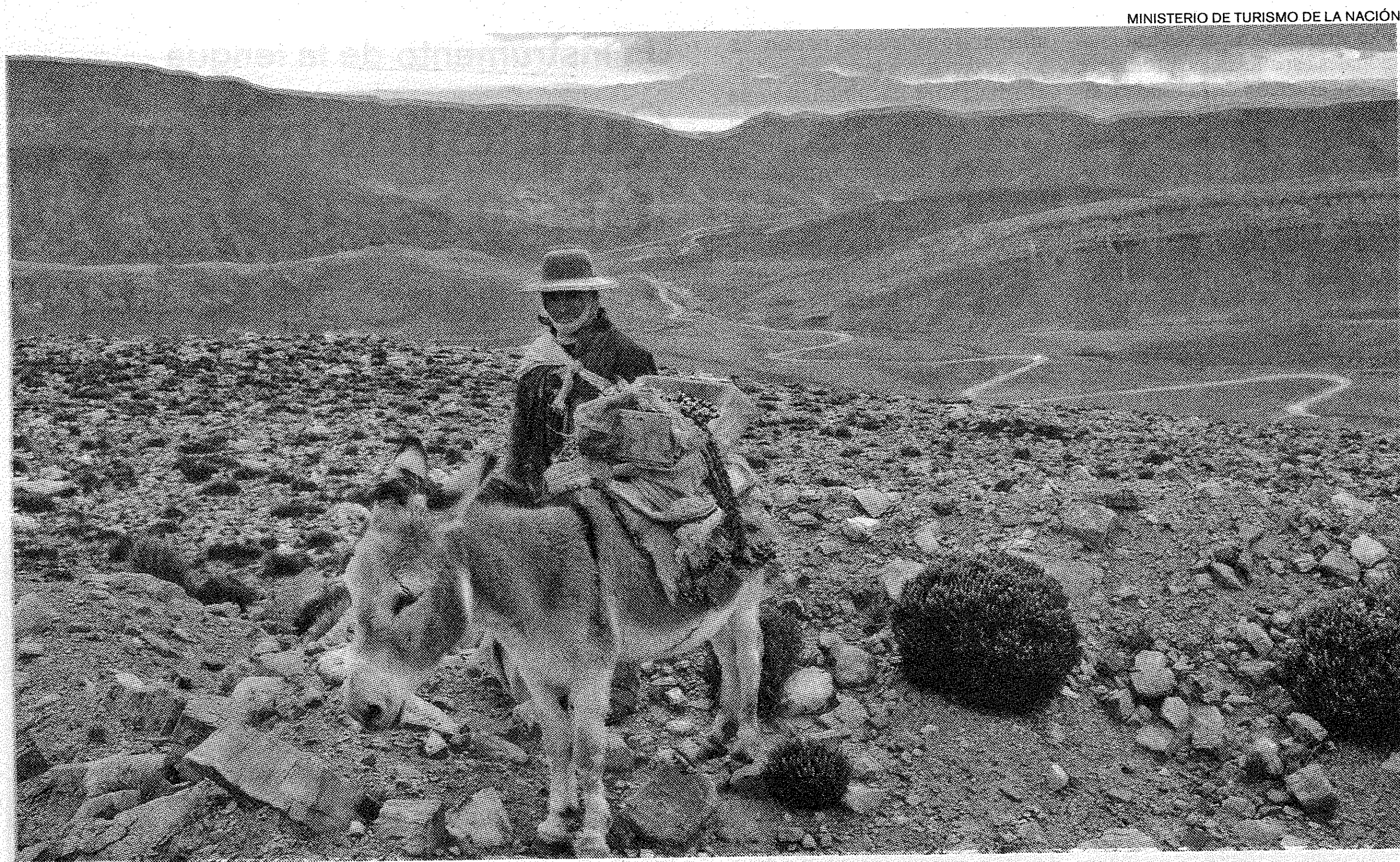
El Estado español ha creado un gran instrumento de difusión del idioma que es el Instituto Cervantes. Con 78 sedes en 44 países del mundo, se encarga de dar enseñanza reglada del español y de promover todas las iniciativas culturales que surgen en torno de la lengua. Para oficializar esta enseñanza, se han creado los Diplomas de Español como Lengua Extranjera (DELE). Son títulos oficiales, acreditativos del grado de competencia y dominio del idioma español, que establecen unos parámetros de exigencia y calidad en la enseñanza del español.

Desde el año 2009, el Instituto Cervantes viene promoviendo la celebración en toda la comunidad hispanohablante de una fiesta de la lengua que celebramos el sábado más próximo al solsticio de verano.

El Día E nació como un proyecto del Instituto Cervantes para celebrar su mayoría de edad y, a la vez, difundir la cultura en español en los cinco continentes. A lo largo de estos dos años, todos los centros del Instituto Cervantes en los cinco continentes –desde Sídney hasta Brasilia– festejaron este día, celebrando así la grandeza de nuestra lengua y nuestras culturas.

Nos queda mucho camino por recorrer todavía, pero no hay duda de que tenemos un instrumento muy importante para difundir nuestras culturas y que estas se conozcan en todo el mundo. Creo que no lo estamos aprovechando lo suficiente, tendremos que trabajar cada día más, y más juntos para imponer el español en los organismos internacionales donde todavía no es idioma prioritario, tendremos que trabajar en crear nuestras propias palabras técnicas, en armar más páginas de Internet en español, en aumentar la sección de literatura en español en las bibliotecas y en las librerías de todo el mundo. Juntos lo podremos conseguir.

MINISTERIO DE TURISMO DE LA NACIÓN



El habla del Noroeste, como el de casi todo el interior del país, acusa la impronta del habla de Buenos Aires.

Capital e interior

Persistencia de la tonada

Poeta, narrador y ensayista salteño, el autor reflexiona sobre lo que ocurre con la lengua regional cuando recibe los embates del habla de la metrópoli.

SANTIAGO SYLVESTER

A mediados de los sesenta, cuando vine de Salta a estudiar en Buenos Aires, descubrí a la manera de *monsieur* Jourdain, el burgués gentilhombre de Molière, que yo hablaba quechua sin saberlo. Tal vez sea un poco exagerado, pero recuerdo que usaba en la vida cotidiana una cantidad de palabras que no se conocían en Buenos Aires, y hasta entonces no se me había ocurrido pensar que no pertenecieran al idioma común del país.

Hay un trabajo muy completo de Susana Martorell de Laconi, El español en Salta, publicado en 2006 por la Academia Argentina de Letras, y un fundamental y voluminoso **Diccionario de americanismos en Salta y Jujuy**, de Fanny Osán de Pérez Sáez y Vicente Pérez Sáez, publicado también en 2006 por Arco Libros y la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, que dan cuenta de las particularidades lingüísticas de mi provincia, que desde luego pueden hacerse extensivas al Noroeste en general. Allí se nos informa precisamente de la base quechua (o quichua, porque en este idioma no se distinguen esas vocales), de procedencia precolombina, que empapa el habla de la región. Es interesante saber que a fines del siglo XX se usaba, además de los términos comunes con el Río de la Plata, unas 250 palabras quechuas, algunas de las cuales están sólidamente instaladas en todo el país: no sé qué haría un argentino de cualquier lugar sin la palabra "cancha", ni mucha mitología local sin la palabra "pampa".

Pero el problema (que en mi opinión lo es, además de ser una pena) está en la disminución. Hay una pérdida constante de palabras de cuño americano en el habla del Norte, y por supuesto de todo el país. Desde cuando yo era muchacho hasta hoy, ese número ha caído muchísimo. Y si a esto se agrega otra pérdida importante y lamentable, la de las palabras arcaicas, que daban un fuerte regusto al habla del Norte, se puede llegar a la conclusión de que todo tiende a lo global, a lo genérico, a la pérdida de lo específico en beneficio de lo supuestamente cosmopolita.

Aquí corresponde mencionar, aunque sea de paso, la larga sombra de la televisión, la gran responsable, terminado el predominio de la radio, de borrar particularidades y distribuir algo así como coca-cola verbal para todo el mundo.

Afortunadamente, como pasa siempre, una afirmación tan rotunda como ésa es cierta sólo a medias. Sospecho que un salteño o un jujeño no podría vivir sin la sonora palabra "acuyico", al menos mientras perviva la costumbre de coquear; y espero seriamente que no desaparezcan nunca de la mesa el locro, el anchi, el charqui ni finalmente la visacara aunque se haya mutado en matambre. Y sería una verdadera pena para el reino animal la extinción del chalchalero, la acatanca, los tucos o la chuña.

La enorme ventolera que supuso la comunicación en una zona más bien apartada, y hasta orgullosa de su relativo aislamiento, introdujo modificaciones también enormes en los usos lingüísticos, incluso en la fonética: he captado a veces, con confeso malhumor, cierto *shosheo* en Salta (no sé cómo escribirlo: me refiero a esa manera ya arraigadamente porteña de no decir "llueve" sino "shueve").

En el capítulo de las pérdidas puede citarse también la desaparición de muchos modismos antiguos, que se habían conservado allí cuando ya habían desaparecido en todas partes y hasta en el español de España. Durante el tiempo bastante largo que me tocó vivir en Madrid tuve la siguiente experiencia: con un grupo de amigos españoles, casualmente de distintas regiones de España, mantuvimos durante dos años una tertulia que consistió en leer y comentar el **Quijote**. Mi mujer, también salteña, tuvo la iniciativa de anotar palabras que nuestros amigos desconocían y que nosotros habíamos usado en la infancia. Recuerdo al menos una expresión que Cervantes usa y que en mi casa era bastante común: "tratar al estricote" (significa un mal trato sin vesania, como cuando a un niño se lo mandaba demasiadas veces, a traer un vaso de agua, a buscar un cigarro, o a atender la puerta, y finalmente con toda razón se quejaba: me están tratando al estricote). Luego, con los años, hice la experiencia de repetirla en Salta y, salvo algunos mayores, ya nadie la recordaba.

En cambio, y por supuesto, en todo el Norte han prosperado las nuevas palabras vinculadas a la tecnología, y algunas expresiones de las telenovelas, incluso de lo peor, de lo más vulgar de la TV. Sobre lo primero, bienvenidas la tecnología y sus palabras: son, sin más, adquisición; pero sobre lo segundo, no encuentro mucho que añadir a todo lo dicho sobre el mal uso de la televisión, casi no veo defensas, y en general el mundo ha sido siempre así: cosas que se pierden y cosas que aparecen, a veces por las peores razones. Lo que sí se me ocurre es repetir aquella verdad de Platón, que hoy sigue siendo verdad: "hablar mal no sólo es defectuoso sino que produce daño en las almas". Por supuesto, no defiendo ñoñerías (Platón tampoco) ni me refiero a las palabras fuertes, de las que soy usuario, sino a la grosería y ordinariez, y no es necesario aclarar más.

Hay una difundida distinción entre idioma y dialecto, según la cual un idioma es un dialecto con ejército. En estos días sigue valiendo, aunque ya no se trate sólo de ejército con armas, sino con imágenes, con golpe mediático y voluntad de dominar el ágora actual, de la que no podemos prescindir, que se llama mercado. Se trata de un ejército infalible, posiblemente invencible, al menos por ahora, que condiciona no sólo la forma de vestir, de comer, de beber, de divertirse y de aburrirse, sino los comportamientos de comunicación y destino que se expresan en el habla.

Quiero decir que, en términos generales, el habla del Norte (posiblemente de todas las regiones del país) se parece bastante a la de Buenos Aires: palabras y modismos empiezan a ser parientes en cualquier parte. Todo, incluso las palabras, llega de inmediato; hay vasos comunicantes rápidos entre los sitios abarcados por la televisión; y aunque parezca lamentable, y hasta increíble, no descuento que en Molinos, un pueblo precioso del Valle Calchaquí, o en Uquía, de la Quebrada de Humahuaca, estén pendientes de quién baila por el sueño de alguien en un programa chabacano de esta noche.

Y sin embargo, una vez dicho esto hay que agregar que no es cierto que el mundo sea igual en todas partes; siempre se cuela un punto de vista distinto, un acento especial, una prosodia que modifica todo: una resistencia involuntaria, sin saber que se resiste. La afirmación de una cultura, incluso de manera inconsciente, se expresa en gestos, palabras, modismos y locuciones que se mojan en jugos de cada zona, y no todos son iguales. Y es bueno que esto ocurra, que el mundo no llegue a ser plano sino que esté accidentado de diferencias, variantes, matices y percepciones distintas. Y que siga teniendo razón Vallejo cuando dijo para siempre: "¡Tanta vida y jamás me falla la tonada!"

FABIO MORABITO

Hace cuatro años
un libro de po
uno de los cual
estos versos: "Puesto qu
en una lengua / que a
tengo que despertar / c
otros duermen". Más
en el mismo poema, se
misma idea con otras
"Escribo antes que am
cuando soy casi el único
/ y puedo equivocarme
lengua que aprendí".

Mi editor me habló po
para cuestionarme la p
de la frase: "en una le
aprendí". Todas las le
aprenden, me dijo, tam
uno. Quedé perplejo y p
mento pensé que tenía
efecto, también la lengu
se aprende. Sin embarg
decía que la frase de mi
era del todo arbitraria.
gable que también la le
terna se aprende, no s
del mismo modo en qu
den las otras. Para emp
con la lengua materna
el lenguaje mismo, y
dizaje espectacular, el
trascendencia en la vida
humano, sólo ocurre u
otras lenguas que se
son necesariamente p
a esta primera y funda
quisición, y aunque se
en edad temprana, so
nacidas a la sombra de
lengua y guardarán fr
un grado subordinado,
aprendieron *después* de
ción del lenguaje. ¿Y en
aprende a hablar? En
estricto sí, tal como ap
a pararnos sobre nues
a caminar, pero nunca
decir a una madre que
aprendiendo a camina
dre dirá: "Ya empieza a
y más a menudo: "Ya
aunque el niño neces
que lo sostengan. A los
madre, el hecho de q
sienta la necesidad de
pie, significa que ya va
y lo de menos son los
semanas que tarde en c
Con el lenguaje sucede
A los ojos de su madre,
está "aprendiendo" a h
que "ya empezó" a hab
menudo, "ya habla", a
tan sólo dos palabras. F
de acuerdo con la sabid
na, "rompemos" a hab
de cierto momento de
sarrollo, pero no "apre
hacerlo.

Así, en un sentido,
era del todo incorrecto
cir que escribo en una
aprendí, en una lengu
no "rompí a hablar",
me regaló, y lo hice a
los quince años, que a
puede parecer una eda
y a otros tardía. A los
preguntan, siempre le
con respecto al españ
sensación de haber to
timo tren, y agrego qu
había arrancado y tuve

La letra urgente

Escribir en casa ajena

Nacido en Alejandría y criado en Milán por una familia italiana, un poeta y narrador mexicano comenta cómo es escribir en una lengua adquirida.

FABIO MORABITO

Hace cuatro años publiqué un libro de poemas, en uno de los cuales se leen estos versos: "Puesto que escribo en una lengua / que aprendí, / tengo que despertar / cuando los otros duermen". Más adelante, en el mismo poema, se reitera la misma idea con otras palabras: "Escribo antes que amanezca, / cuando soy casi el único despierto / y puedo equivocarme / en una lengua que aprendí".

Mi editor me habló por teléfono para cuestionarme la pertinencia de la frase: "en una lengua que aprendí". Todas las lenguas se aprenden, me dijo, también la de uno. Quedé perplejo y por un momento pensé que tenía razón. En efecto, también la lengua materna se aprende. Sin embargo, algo me decía que la frase de mi poema no era del todo arbitraria. Si es innegable que también la lengua materna se aprende, no se aprende del mismo modo en que se aprenden las otras. Para empezar, junto con la lengua materna se aprende el lenguaje mismo, y ese aprendizaje espectacular, el de mayor trascendencia en la vida de un ser humano, sólo ocurre una vez. Las otras lenguas que se aprenden son necesariamente posteriores a esta primera y fundamental adquisición, y aunque se aprendan en edad temprana, son lenguas nacidas a la sombra de la primera lengua y guardarán frente a ésta un grado subordinado, porque se aprendieron *después* de la adquisición del lenguaje. ¿Y en verdad se aprende a hablar? En un sentido estricto sí, tal como aprendemos a pararnos sobre nuestros pies y a caminar, pero nunca le he oído decir a una madre que su hijo está aprendiendo a caminar. Una madre dirá: "Ya empieza a caminar", y más a menudo: "Ya camina", aunque el niño necesite todavía que lo sostengan. A los ojos de una madre, el hecho de que su niño sienta la necesidad de ponerse de pie, significa que ya va a caminar, y lo de menos son los días o las semanas que tarde en conseguirlo. Con el lenguaje sucede lo mismo. A los ojos de su madre, el niño no está "aprendiendo" a hablar, sino que "ya empezó" a hablar y, más a menudo, "ya habla", aunque diga tan sólo dos palabras. Por lo tanto, de acuerdo con la sabiduría materna, "rompemos" a hablar a partir de cierto momento de nuestro desarrollo, pero no "aprendemos" a hacerlo.

Así, en un sentido, mi verso no era del todo incorrecto. Puedo decir que escribo en una lengua que aprendí, en una lengua en la que no "rompí a hablar", que nadie me regaló, y lo hice a una edad, los quince años, que a algunos les puede parecer una edad temprana y a otros tardía. A los que me lo preguntan, siempre les digo que, con respecto al español, tengo la sensación de haber tomado el último tren, y agrego que el tren ya había arrancado y tuve que correr para no perderlo. Pero quizá me equivoque y el tren efectivamente se marchó sin mí. Es una duda que no puedo quitarme de la cabeza y quizá sea la duda que está por debajo de mucho o de todo lo que escribo. La misma frase que acabo de escribir: "Es una duda que no puedo quitarme de la cabeza", me hizo vacilar, indeciso si poner "no puedo quitarme" o "no me puedo quitar", donde la exacta ubicación del pronombre "me" no responde a una cuestión gramatical, ya que en ambos casos su uso es válido, sino a una cuestión de empatía con la lengua, de soltura y de deseo de identificación total con el idioma español. Me pregunto si un dilema como éste no es algo propio de todo aquel que escribe; me pregunto, pues, si quienes escribimos no somos todos nativos de otra lengua y escribimos para cauterizar una herida que nos separa de la lengua y, así, volver a sentir como materna una lengua, y una realidad, que en algún momento se nos revelaron como extranjeras. Y también me pregunto si el hecho de provenir *efectivamente* de una lengua extranjera, como es mi caso, se traduce en una igual o mayor capacidad para los fines de la escritura, o supone, por el contrario, cierta imposibilidad para ejercerla. Dicho de otro modo: para aquel que escribe en una lengua no materna, el hecho de experimentar cualquier dificultad expresiva como resultado de su llegada tardía al idioma en el cual escribe y de ver en todo dilema estilístico un trasfondo de su falta de arraigo y de adaptación, ¿no le otorga una *urgencia*, una *fiebre*, que los escritores nativos, quienes nunca dudan de su familiaridad con la lengua que hablan, deben conquistar con otros medios? Como sea, escribir en otro idioma es un gesto casi siempre precedido por titubeos, que reflejan el temor del sujeto a cruzar una línea que le hará perder algo esencial de sí mismo, en especial su infancia, frente a la cual el escritor que escribe en otro idioma se encuentra en la situación particular de tener que recuperarla con un lenguaje que no tienen ninguna correspondencia con lo que vivió durante esos años en los cuales el maridaje entre palabras y cosas es más intenso que nunca. Así, el escritor advenedizo siente que está recreando su pasado de una forma que lo torna irreconocible, como si no lo hubiera vivido él sino otro. A eso hay que añadir la acción de clausura que la escritura opera sobre la memoria. Cualquier cosa escrita, sea un poema, un relato o la simple transcripción de un recuerdo, al plasmar un determinado episodio de nuestro pasado, lo condena en gran parte a sobrevivir en esa forma en que lo cristalizó

DIEGO DÍAZ



la escritura, y de ahí en adelante, cada vez que con la memoria queramos recuperar ese fragmento de vida, éste nos saldrá al paso deformado por las palabras con que lo hemos resumido. Pero si esa plasmación fue hecha en un idioma extranjero, esa clausura tendrá un peso aún mayor, porque las palabras han pasado por un filtro doble: el de la escritura en sí, que las ha cristalizado en un trozo duro de ficción, y el del segundo idioma, que opera como una segunda ficción, con sus palabras y con sus leyes ajenas al universo verbal de origen. Por eso, nadie como el escritor que proviene de otra lengua es sensible a la naturaleza voraz y demandante de la escritura. Al experimentar en carne propia la capacidad de la escritura de desfigurar una experiencia vivida, reinventándola de raíz, su conciencia del estilo será en principio más aguda que la del escritor nativo. A través de estilo, el escritor advenedizo se recorta una suerte de idioma propio dentro del idioma huésped, recuperando simbólicamente la naturalidad de la lengua materna, la lengua sin acento. Para él, pues, el estilo lo es todo. En realidad, también para el escritor nativo un problema estilístico es un problema de arraigo; si no, no sería escritor. Porque escritor no es sólo aquel que escribe, sino aquel para quien la escritura se ha vuelto su única forma de identidad. Así, el escritor nativo podría contestarle al escritor advenedizo más o menos en estos términos: no eres especial por ser un escritor que escribe en otra lengua, sino por ser escritor, y lo que tenemos de especial los escritores es que no nos expresamos en nuestra lengua, sino en otra.

El idioma como recurso

La lengua, entre dueños y hablantes

Lingüista, investigadora del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y actual vicedecana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la autora de este artículo dirigió el equipo que estableció el programa de enseñanza de castellano para extranjeros en esa casa de estudios.

LEONOR ACUÑA

Si la lengua tiene un dueño, ¿cuáles son las consecuencias de eso? ¿El dueño puede impedir que otros la usen? ¿Puede ponerla en venta, alquilarla, retirarla del mercado? ¿Cómo hacen los hablantes para usarla? ¿Tienen que pedir permiso?

El desarrollo argentino de la enseñanza del español a alumnos extranjeros reavivó disputas sobre la lengua que estaban quietas desde hacía unas décadas.

En las polémicas decimonónicas, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez y Domingo F. Sarmiento contribuyeron a establecer nuestro derecho a hablar y a escribir como argentinos. Cuestionaban la autoridad peninsular para legislar, opinar y criticar nuestros usos lingüísticos. Unos años más tarde, Jorge Luis Borges enfrenta las críticas de Américo Castro, compara las variedades española y argentina y derrota burlonamente a la peninsular.

En la década de 1980 se inicia el desarrollo de la enseñanza del español como lengua segunda y extranjera (ELSE). Casi sin saberlo, los profesores ocuparon un lugar decisivo en la vieja disputa cuando obviaron la gramática escolar y definieron las reglas que ordenaban el voseo, los usos de los tiempos pasados, los pronombres de objeto directo e indirecto e incluyeron el léxico argentino en sus materiales de aula.

Podríamos decir que la pelea por la lengua se desarrolla actualmente en tres escenarios diferentes con tres comunidades de hablantes distintas: a) los especialistas de ELSE que reclaman un lugar para las variedades dialectales americanas, fuera de las directrices académicas peninsulares, b) la escuela brasileña que debe garantizar la oferta de enseñanza de español en su nivel medio y c) los pueblos aborígenes argentinos que reclaman su derecho a ser bilingües.

GUIDO BONFIGLIO/CCEBA



El castellano como lengua extranjera tiene su versión local

¿Ustedes enseñan el verdadero español?

A fines de la década de 1980 nace la enseñanza del español como respuesta a las demandas de nuevos extranjeros que llegan como inmigrantes, expatriados y turistas educativos. Aunque en la Argentina se usan indistintamente los términos "español" y "castellano" para denominar la lengua, en la docencia para extranjeros se unifica el nombre de la lengua en el de "español". Se llama extranjera a la lengua que se aprende fuera de su contexto de uso y segunda a la que se aprende en el medio en que también se la habla. En nuestro país, se emplea Español Lengua Segunda y Extranjera (ELSE) para referirse a la especialidad que abarca las dos características de enseñanza y que se transformó rápidamente en una industria cultural que vincula investigación universitaria, turismo idiomático, propuestas editoriales y creación de puestos de trabajo en todas esas áreas.

Hacia 1980 comenzaron a llegar extranjeros con características diferentes de la inmigración tradicional. Familias coreanas y taiwanesas venían a instalarse en nuestro país. Casi al mismo tiempo, vinieron también estudiantes europeos y norteamericanos interesados en la literatura hispanoamericana y por los hechos sociales de la región. Tenían el propósito de estudiar temas de política, literatura y economía en nuestras universidades, por unos meses o tal vez por un año. Es la primera vez que las universidades argentinas tienen una presencia significativa de extranjeros alóglotas.

Terminando los 80, empezaron las privatizaciones de las empresas estatales de servicios y, como consecuencia, comenzaron a llegar directivos, profesionales y empleados extranjeros que necesitaban aprender español.

La crisis social y política que estalló en diciembre de 2001 tuvo como una de sus consecuencias el abaratamiento del costo de vida para los extranjeros. De acuerdo con los relevamientos anuales de Cancillería y la Asociación Argentina de Docentes de Español (AADE), entre 2004 y 2007, el número de estudiantes extranjeros se incrementó en un 138 %. Desde entonces se registra un crecimiento anual de aproximadamente el 10%.

Estos alumnos demandan cursos de español organizados a partir de su propia experiencia del aprendizaje de lenguas extranjeras y necesitan además alcanzar por lo menos niveles intermedios, lo que exige una profesionalización de la especialidad. En la actualidad existen instituciones públicas y privadas que dictan cursos individuales y grupales, capacitan a docentes, preparan material didáctico y trabajan en la elaboración de exámenes bajo estándares de calidad internacional.

En ese marco, como dijimos, la variedad del español de la Argentina se afianza en el aula. Al mismo tiempo convive con la habitual "inseguridad lingüística" que hace que el mismo hablante nativo diga que "en la Argentina se habla mal", que "hablar de vos es incorrecto", que en otros lugares se habla mejor. Para muestra baste el botón de la presentación periodística del examen que certifica el nivel de conocimiento de la lengua. El CELU (Certificado de Español: Lengua y Uso) es diseñado e implementado por un consorcio de universidades argentinas y cuenta con el aval del Ministerio de Educación y Cancillería. El diario que cubrió la noticia en junio de 2004 tituló la nota con las palabras del ministro de Educación "Tenemos que salir a pelear el espacio propio de nuestro español", sin embargo, ilustró la noticia con una viñeta en la que un periodista le preguntaba a dos vietnamitas: "¿Por qué eligieron estudiar español en Arg
no en España" y neutral
acto de independencia l
ca llamando a nuestro id
lengua de Cervantes".

Un español bien brasileño

El 5 de agosto de 2005 B
mulgó la ley 11.161 que e
la obligatoriedad de la of
enseñanza del español
cuela media.

Las acciones para lleva
te este proyecto se desar
una serie de tensiones qu
san toda la actividad. Las
dades brasileñas reclam
pel de formadores de los
del sistema educativo y
con mucha firmeza la i
del Instituto Cervantes c
ese lugar. Cada tanto las
profesores e investigado
pañol estallan en discus
las listas de Internet.

El diseño curricular d
ñanza de lenguas de Bra
una propuesta para el e
la correspondiente al re
lenguas extranjeras pre
la escuela. Considera
clusión del español co
obligatoria es "un gesto
que exige una reflexión
lugar que esa lengua del
ocupar en el proceso ed

Los investigadores u
rios brasileños luchan
al español el lugar de l
gunda, cercana, similar
diferente. Quieren pro
enseñanza que acompa
de María Teresa Celad
que debe hacer el alum
leño de separar en dos
que cree una sola.

En los congresos se
español de Brasil", se es
detalle las variedades
americanas, se proclam
za de la diversidad. El
emancipa también de
para tomar los acentos
a lo largo de una nación
diversa en sí misma.

La Argentina y Bra
mado varios acuerdos
en relación con la en
certificación del españo
tugués. Aunque con a
cumplimiento de las
todos los protocolos y
sos conjuntos se habla
propuestas, reciprocid
cimiento mutuo.

En la discusión sob
sión de la lengua, pare
mos más cerca de con
empresa cooperativa.

La lengua presta

Setecientos mil habla
pañol son analfabeto
gentina. Muchos de e
realidad analfabetos f
es decir que, aunque a
a leer y a escribir, han
lectura y la escritura y
Anualmente casi un 10
en edad escolar aband
las, o repiten el grado o



Fontanarrosa fue sensible a la lengua y sus problemas.

edad de la que deberían tener.

Los argentinos que tienen el español como segunda lengua –porque su primera lengua es una lengua indígena– suelen tener dificultades en las situaciones comunicativas en las que deben emplearlo cuando salen de sus ámbitos más cercanos.

También viven en la Argentina un millón y medio de extranjeros, la mitad de los cuales habla alguna lengua europea y es muy posible que un tercio de ellos hable una lengua aborigen (aymará, quechua, guaraní), inferencia que hacemos a partir de sus países de procedencia.

En las aulas de casi todo el país conviven alumnos con distintas lenguas maternas. Sin embargo, la enseñanza de Lengua en la escuela presupone que la lengua materna de los alumnos es el español. Para los que tienen otra lengua primera, esta práctica tiene consecuencias negativas para los niños y para su aprendizaje.

Ni en la legislación actual ni en las acciones propuestas desde los organismos educativos se plantea ni propone la enseñanza del español como lengua segunda. Se habla del derecho de los pueblos a conservar las lenguas indígenas o a que esas lenguas estén incorporadas en la educación pero no del derecho de los hablantes a ser bilingües.

¿Quién es el dueño de la lengua en este caso y qué plan tiene para los hablantes que la necesitan?

Los hablantes

Desear el idioma, necesitarlo, tener que aprenderlo define distintos objetos según quién lo necesita y para qué. Por eso, las acciones sobre las lenguas tienen consecuencias en las vidas de las personas.

En 2001 el diario Clarín publicó una nota titulada "EEUU: la policía aprende español". La lengua española aparecía en la noticia reducida a las frases necesarias para hacer los arrestos e interrogatorios de los delincuentes hispanos.

En los manuales de enseñanza de español publicados en Europa, la lengua de la Argentina se asocia a una pareja bailando tango, los personajes tienen apellidos italianos o judíos y siempre van al psicoanalista.

Las necesidades de los hablantes requieren definir y delimitar territorios de las lenguas. Los que se apoderan de la lengua la asocian, según los casos, a Miguel de Cervantes, a los que delinquen en Estados Unidos, a estereotipos variados.

Preferimos una sola mirada que abarque a todas las lenguas ya se trate de los extranjeros que vienen a la Argentina a estudiar español, de la planificación conjunta de lenguas para la región o de la demanda de los pueblos originarios.

Hemos disputado la posesión de esa lengua y le hemos dado la identidad que necesitábamos para constituir nuestra propia educación, nuestra propia gramática y nuestro propio diccionario.

La enseñanza del español como lengua extranjera se viene desarrollando en la Argentina con una muy buena calidad de docentes y de propuestas curriculares y pedagógicas. Algunos equipos están aplicando ya desde hace diez años estos aprendizajes a la enseñanza del español como lengua segunda a estudiantes (niños y adultos) aborígenes e inmigrantes.

¿Esto nos hace dueños de la lengua? Si es así, corresponde que miremos la capacidad lingüística como una sola, que definamos qué haremos con ella, cómo la administramos y qué papel les damos a los que necesitan aprenderla. El objeto ELSE argentina que definimos en los últimos treinta años se presenta como una propuesta novedosa, con buenos resultados educativos y económicos. Establece con Brasil una relación de cooperación y describe una región multilingüe. Mientras tanto queda la deuda con los hablantes de comunidades argentinas que tienen otras lenguas maternas.

Lengua y propiedad I

Fronteras imaginarias

Para la poeta y traductora chilena, "una lengua intervenida por otra se abre a lo desconocido y se ensancha".

VERÓNICA ZONDEK

Una respuesta posible es que el castellano es la lengua que hablaban y hablan aún hoy (con las modificaciones inherentes a lo vivo) los castellanos de Castilla. Como todos sabemos, gracias a sus incursiones conquistadoras impusieron esa lengua en todos los territorios en los cuales se instalaron y fructificaron. Pero la lengua es de quienes la hablan y por consiguiente ésta se contaminó o enriqueció –dependiendo de quien lo diga– con las lenguas habladas por los conquistados.

No está demás decir que aquellos que se instalaron en el territorio de Castilla antes de que comenzaran las conquistas, contaminaron el castellano o, dicho por mí, lo modificaron y enriquecieron ya antes de que los castellanos llegaran a América. Por ende, es posible decir que la lengua castellana, tal como cualquier otra lengua, no es inmutable, sino que se encuentra en constante cambio, fenómeno consustancial a cualquier lengua viva. En consecuencia, me es natural concluir que las lenguas puras, vivas o muertas (porque éstas también interactúan con los hablantes o lectores vivos), no existen. Es más, pienso que la pureza tanto en las lenguas como en las razas, en los reinos y en cualquier otro grupo o fenómeno definido, no sólo produce estancamiento, sino que deriva en malos olores, putrefacción, deformación y muerte. Sólo aquello que entra en contacto con lo distinto y se relaciona con lo otro, aquello que permite que la realidad lo modifique, permanece vivo y es capaz de ir desarrollando mayores posibilidades de expresión y percepción.

Las fronteras de todo orden son imaginarias y sólo sirven para organizar el pensamiento de estrategas, académicos o poderosos a quienes les acomoda clasificar para dominar. Una lengua no abierta a la vida y al ir y venir de sus habitantes termina asfixiada; del mismo modo que una lengua abierta a lo distinto, crece y se amplía a conocimientos, sentimientos, mundos y conceptos que ella no manejaba ni nombraba anteriormente.

Cada lengua es la herramienta que tiene una cultura definida para expresar su mundo. Por lo mismo, una lengua intervenida por otra se abre a lo desconocido y se ensancha. Le posibilita pensar más allá de lo que pensaba.

Entonces, volviendo a la pregunta primera de "de quién es el castellano", pues no me queda otra –al menos desde el punto de vista de una hablante castellana del Reyno de Chile–, que decir que el castellano es mío y también del que lo habla (para parafrasear con una leve diferencia lo que ya dijo Daniel Viglietti en los años sesenta) y bien haría en agregarle "de quien lo escribe y lo lee". Quienes vivimos y utilizamos la lengua somos definitivamente los que la hacemos. La recargamos gracias a nuestra experiencia y conocimientos, a nuestras búsquedas y pasiones de modo tal que su suelo nunca deja de ser el humus de una "fértil provincia".

Lengua y propiedad II

Robar lo que se pueda

Narrador, crítico y docente, el autor argentino plantea que los escritores deben construir su lengua, robándola.

ANIBAL JARKOWSKI

La idea de la lengua como un bien común acaso sea el origen del pensamiento de izquierda. Los adoradores de la propiedad privada de bienes materiales, en cambio, sólo admiten –dentro de límites muy precisos– compartir la propiedad de la lengua porque se trata de un bien simbólico; de no ser así, los ricos ya habrían condenado a los pobres a la mudez –de hecho, lo intentan a cada momento.

En el caso del español, entiendo que sus dueños coinciden, exactamente, con los dueños del poder –es decir, quienes se atribuyen y ejercen el monopolio de la capacidad de sancionar–. De tal suerte, aquellos que están fuera del poder no tienen otra alternativa que tomar el español y robar de él, no lo que quieran, sino lo que puedan; los sucesivos robos me dan a entender que el español, igual a un arquetipo platónico, es inexistente, y sólo podemos concebir distintos españoles que son, claro, visiones diversas del mundo.

Tomemos un ejemplo, el del español neutral, inartístico, casi administrativo, que cada vez más recomiendan, con severa amabilidad, quienes conciben a la lengua como una mercancía indiferente cuya única virtud es la rendición de beneficios económicos. Por cierto, hay escribas que obedecen a esa recomendación.

Pero también hay escritoras y escritores que han robado del español, como dije, lo que han podido para construir de ese modo su propio idioma.

El episodio de **El juguete rabioso** en el que Silvio Astier y sus amigos roban una biblioteca escolar es la puesta en escena de esa práctica desesperada por apoderarse de un idioma del que, como pobres, se saben excluidos.

Se trata, en verdad, de una cadena de robos de lengua que se han sucedido y se suceden en el tiempo; se roba idioma en lo leído y luego se guarda el botín en lo escrito. Quienes mejor han robado esa lengua que no era suya han devenido o devendrán en clásicos.

Para muchos será evidente que esto mismo que escribo es, a todas luces, producto de un robo.



Ilustraciones de Freixas para "Alegría", lib
primer grado de María Aída F. de Silveira.

La lengua en la escuela

Somos uno, pero no el mismo

"La diversidad del español representa una potencial amenaza para toda institución que pretenda instaurarse como centro de control", señala la autora, quien investiga las políticas lingüísticas de regulación escolar del español en la Argentina.

MARIA LOPEZ GARCIA

La evolución de la lengua que hablamos o que aprendemos no sigue un curso natural prefigurado en su origen. Más bien, el recorrido de las lenguas en la historia de las comunidades está sujeto a decisiones que, consciente o inconscientemente, toman las instituciones encargadas de regularlo. En otras palabras, la lengua que hablamos, su escritura, enseñanza (como lengua materna, segunda o extranjera), traducción, doblaje, etc. es objeto de procesos de transformación y ajuste impulsados y acompañados por instituciones encargadas del control lingüístico que, en la mayoría de los casos vinculados al español, son el Estado o las academias de la lengua. Así, la lengua refleja el camino, digamos, institucional que la trajo como lengua de uso hasta nuestros días. Encierra las ideas que sobre ella transmitieron, con distinto nivel de alcance, las academias, la universidad, la escuela y los medios de comunicación. Por esas razones, entre otras, estudiar cualquier fenómeno lingüístico constituye siempre un problema multidisciplinario.

Las intervenciones que se hacen sobre el uso de las lenguas en determinado territorio pueden implicar el diseño de leyes específicas, así como su aplicación y regulación. Los agentes encargados de estas acciones transmiten ideas sobre la lengua a través de la legislación y el diseño de instrumentos normativos (como diccionarios, gramáticas y ortografías), y también lo hacen generando adhesión por parte de los usuarios.

Uno de los recursos para conquistar discursivamente esa adhesión es constituirse como un agente legitimado, portador de prestigio. En prólogos de diccionarios y ortografías suelen encontrarse recursos de autolegitimación. En el prólogo del **Diccionario Panhispánico de Dudas** (DPD) publicado por la Real Academia Española (RAE) se dice: "Centenares de hispanohablantes de todo el mundo [...] conocen y consultan de ordinario alguno de los manuales de corrección idiomática, diccionarios de dudas o libros de estilo existentes, pero quieren oír de manera directa la voz propia de las Academias, que tienen secularmente reconocida la competencia de fijar la norma lingüística para el mundo hispánico". Mientras que la última versión del **Diccionario de la RAE** indica "los diccionarios nunca están terminados: son una obra viva que se esfuerza en reflejar la evolución registrando nuevas formas y atendiendo a las mutaciones de significado. Especial cuidado ha de poner en ello el diccionario académico al que se otorga un valor normativo en todo el mundo de habla española".

La RAE apela de este modo a ideas como la tradición, el reconocimiento secular y la capacidad de establecer la lengua "correcta" para constituirse como depositaria de la confianza de usuarios de formas distintas del español. La diversidad del español, precisamente, representa una potencial amenaza para toda institución que pretenda instaurarse como centro de control: las acusadas diferencias que el español asume en los distintos territorios terminan por requerir la multiplicación de los centros reguladores.

Pero irradiar la norma desde un único punto de partida (geográfico) siempre deja huellas. Algunas se ven en las definiciones del diccionario. El mismo DPD, cuyo prólogo citábamos antes, recomienda en el apartado "Advertencias" sobre las conjugaciones verbales: "Debe tenerse en cuenta que en América, en Canarias y en parte de Andalucía, no se usa el pronombre personal vosotros para la segunda persona del plural. En su lugar se emplea ustedes, que en esas zonas sirve tanto de tratamiento de confianza como de respeto". Así, se optó por una vara de medición, el "vosotros" (empleado por menos del 15% de los hablantes del español), como ejemplo de lo que no sucede con el resto de los hablantes.

Algunas variedades son más iguales que otras

El hecho de que el principal referente lingüístico sea extranjero (o un sucedáneo local, como lo es la Academia Argentina de Letras, AAL) impacta sobre el orgullo lingüístico de la región. Este tipo de comportamientos discursivos institucionales tiene un efecto directo sobre el valor simbólico de la variedad lingüística, provocando muchas veces un sentimiento de inferioridad en sus hablantes.

En la Argentina, las condiciones son favorables para
esta inseguridad. Esto
que en las decisiones to
bre el estatuto de la leng
los inicios de la nación,
dos modelos: el purisr
nizante, que defendió
del castellano por parte
tuciones peninsulares,
independentista, que lu
instauración de una nor
nal de lengua autorregu
argentinos, por tanto,
orgullosos de nuestra
dencia lingüística y, a
tiempo, no estamos se
hablar correctamente. I
investigaciones reciente
la existencia de represe
desprestigiantes, en espe
variedad rioplatense, cuy
señalados como "desvíc
voseo, la pronunciación
sonantes como y y ll, la
de palabras del lunfardo
tencia de marcas del con
lenguas de inmigración.
la fuerza con que se imp
discursos legitimantes c
(especialmente, a través c
dios de comunicación) au
inseguridad de los encar
transmitir la norma lingü
la región (maestros, pr
libros de texto).

La lengua que se e

Las decisiones estatales,
de las academias, los p
vista de las empresas vi
con la difusión de ideas
lengua y las opiniones d
blantes confluyen en ur
de circulación obligatoria
ciudadanos: la escuela.

Allí los maestros, quie

parten los mismos prejuicios sobre el español y sus instituciones reguladoras que el resto de la población, son los encargados de enseñar la lengua. En la actualidad, el Estado, a través de la Ley de Educación Nacional y del diseño de contenidos obligatorios, requiere la enseñanza de "el reconocimiento de las lenguas y variedades lingüísticas que se hablan en la comunidad". A partir de esta acotada indicación, los maestros deben decidir qué lengua enseñar, a qué centro de prestigio acudir, y qué ideas sobre la lengua deberán transmitir, sin contar para ello con la formación que les permitiría tomar tales decisiones. La currícula de formación docente primaria prevé, como toda instancia de conocimiento de la lengua, dos cuatrimestres para que los postulantes desarrollen todos los contenidos específicos que deberán enseñar durante su ejercicio docente. En síntesis, los maestros no están formados por el Estado para formular puntos de vista sobre la lengua y, por ello, en la práctica, terminan delegando las decisiones en los instrumentos de uso pautados por la institución escolar: los manuales escolares.

Los libros de texto, entonces, carentes de regulación estatal, definen en muchos casos sobre la sola base de criterios de mercado tanto las representaciones sobre la lengua que se enseña. Esas representaciones cristalizarán as tensiones sociales puestas en uego en la escuela, ámbito privilegiado para la instauración de ına identidad nacional. De este nodo, la capacidad de producir sentido reservada a la escuela se e fuertemente afectada por los ntereses del mercado. Este último, por su parte, ejerce su propuesta lingüística apoyándose en l aparato escolar (que alcanza a oda la población), tomando posiión sobre un modelo de lengua , por tanto, conformándolo.

El español en los libros de texto escolar

i se analiza detenidamente la ontienda de los sectores estatales las propuestas para la enseñana de la lengua diseñadas por las ditoriales, quedan expuestas las ecisiones operadas por el mercao y los alcances que tienen sobre s representaciones de la lengua ıe genera la población.

Buena parte del material diseado para la enseñanza de la lenıa en la escuela argentina desaza la variedad local en favor de variedad tradicionalmente emeada para la enseñanza escolar, ıa variedad ya estandarizada y estigiada por centros lingüíscos transnacionales. En esta alidad naturalizada, no extraña nadie que generaciones de arntinos hayamos recitado conjuciones de un paradigma verbal hallable en la práctica lingüísti cotidiana: "yo, tú, él, nosotros,



vosotros, ellos"; un paradigma que incluye el tuteo, ausente en la mitad del país, y el "vosotros", presente exclusivamente en la Península, que representa menos del 15% de los hablantes del español. La forma que asume la lengua escolar termina por conformar un ideal abstracto que borra las marcas de la región.

Estas decisiones editoriales resultan funcionales a las políticas de instauración del "estándar panhispánico" diseñado por la Academias de la Lengua. Este punto de vista está presente en las (exiguas) alusiones a la noción de lengua en los libros de texto escolar. Son pocos los manuales que aportan datos explícitos sobre las instancias de control lingüístico. Aquellos que lo hacen refieren exclusivamente a la RAE y a la AAL. Las reflexiones, o siquiera las alusiones a las variedades en la Argentina son escasas. De este modo, las decisiones sobre la lengua que toman las editoriales argentinas terminan por favorecer las políticas de rentabilidad del español propuestas por las Academias y difundidas por los medios de comunicación. Pero esto entraña el riesgo de prolongar la inestabilidad centenaria del estatuto lingüístico nacional.

Intereses económicos

Para evaluar en perspectiva los discursos "pluralistas" es ineludible considerar los intereses económicos a los que responden los libros escolares y la amplitud geográfica que pretenden alcanzar: desde los años noventa las empresas españolas tienen gran penetración en el mercado editorial argentino. El mayor alcance geográfico garantiza a la institución normativa un caudaloso público para sus manuales, diccionarios, ortografías, gramáticas, cursos de perfeccionamiento docente, enseñanza de español como lengua nativa y extranjera, traducción, entre muchos otros. Debido a estas circunstancias y a la centenaria influencia que la RAE tiene sobre las ideas acerca de la(s) variedad(es) regional(es), la batalla por el control de la lengua española en los medios de comunicación tiene contrincantes de fuerza desigual: el Estado nacional argentino legisla la enseñanza de la lengua, pero no forma a sus maestros convenientemente, no describe la variedad que debe enseñarse en la escuela, ni controla (como lo hizo durante el siglo XIX) los materiales empleados en dicha tarea. El resultado de este *laissez faire* es la liberación del campo de acción de las empresas editoriales vinculadas con la práctica escolar. Los libros de texto escolar difunden entonces discursos que legitiman a la RAE y a los medios de comunicación y su versión del español "panhispánica", es decir, inexistente, porque ninguna lengua puede no llevar las marcas del lugar donde es hablada.

Los espacios hacia donde se dirigen los intereses de las empresas vinculadas con la comunicación de masas (en todas sus formas) manifiestan con claridad el hecho de que las políticas destinadas a imponer determinado imaginario sobre la lengua involucran necesariamente el trabajo en el ámbito educativo (estatal o paraestatal). Actualmente, el sistema educativo ofrece a las empresas editoriales un público cautivo. Un mercado editorial sólido debería tener su contrapeso obligado en iniciativas estatales como la formación docente específica y la producción de materiales de enseñanza por parte de los maestros. De este modo, la debilidad del Estado para respaldar políticas educativas verdaderamente progresistas y el contexto económico global apoyan, inadvertidamente, las decisiones sobre la lengua de enseñanza tomadas por las editoriales nacionales o con sede nacional. Estas decisiones de índole político-lingüística, motivadas por necesidades de un mercado transnacional, anclaron en la inseguridad lingüística de los hablantes argentinos. La expresión concreta del espíritu "pluralista" del mercado es la elusión de la variedad regional de la lengua. Los usuarios argentinos de los materiales escolares transfieren el ideal de homogeneidad lingüística enarbolado durante siglos por la RAE al ideal de homogeneidad lingüística proveniente de los medios de comunicación. El resultado es la pervivencia de representaciones que privilegian las formas lingüísticas desprovistas de localidad.

Lengua y propiedad III

¿Quién elige a quien enuncia las normas?

Poeta, traductor y lexicógrafo mexicano, el autor del presente artículo señala los límites de la propiedad sobre la lengua.

FRANCISCO SEGOVIA

De quién es el español? De quienes lo hablan, claro. Pero esta respuesta, obvia como es, da qué pensar. ¿Es sólo de quienes lo hablan como lengua materna y no de quienes lo adquieren después? ¿No era el inglés del polaco Joseph Conrad mientras escribía **Heart of Darkness**? O para el caso ¿no era el español de Goethe mientras leía a Calderón? Tomada de este modo, la pregunta parte de una premisa falsa, pues supone que una lengua puede poseerse en propiedad, como se posee un coche. Pero la pregunta adquiere sentido si la entendemos como una inquisición sobre justo esa premisa, porque entonces se vuelve política; es decir, porque deja ver que se hace pensando en alguna apropiación ilegítima de la lengua.

Supongo que esta vez no se trata sólo de la que ha hecho tradicionalmente la Academia española, sino de la que hacen ahora algunas agencias privadas, confiscando para sí la vieja autoridad académica. Supongo pues que se trata de criticar no sólo el viejo colonialismo de la Academia sino la cínica rapacidad del capitalismo actual, que ha descubierto que la lengua puede ser un negocio lucrativo. Tal descubrimiento no es nativo de la cultura hispanoparlante. Surgió de la aspiración legítima de algunos angloparlantes que querían que sus leyes y sus juicios estuviesen escritos en una lengua inteligible. Pero el neoliberalismo pronto metió la mano y privatizó el anhelo. En Inglaterra y en los Estados Unidos surgieron así las primeras compañías que sancionan la claridad con que está escrito un documento y, si lo aprueban, ponen su sello de conformidad... por un precio. El anhelo original, que pretendía eliminar la intermediación de una jerga ("el legalés" de Antonio Alatorre), terminó insertando un nuevo intermediario (las agencias privadas).



Francisco Segovia

Mi argumento no va pues contra las normas lingüísticas sino contra el hecho de que la sanción de esas normas sirva para un nuevo colonialismo lingüístico o para abultar los bolsillos de unos cuantos vivales. Nada de eso es necesario. La historia muestra que la norma lingüística no necesita de una academia para hacerse respetar. Los angloparlantes, por ejemplo, nunca han tenido una, y no por eso han hablado y escrito su lengua peor que nosotros la nuestra. Hasta hace poco, se fiaban simplemente de sus diccionarios, a los que dotaban de un prestigio social que se resolvía en autoridad lingüística (el diccionario de Oxford, el Webster's). Con ello mostraban que una comunidad lingüística puede elegir a quienes enuncian sus normas, en vez de que éstas sean dictadas por un grupo de notables avalados por un rey, o por un grupo de lingüistas pagados por un banco.

Lengua y comunidad

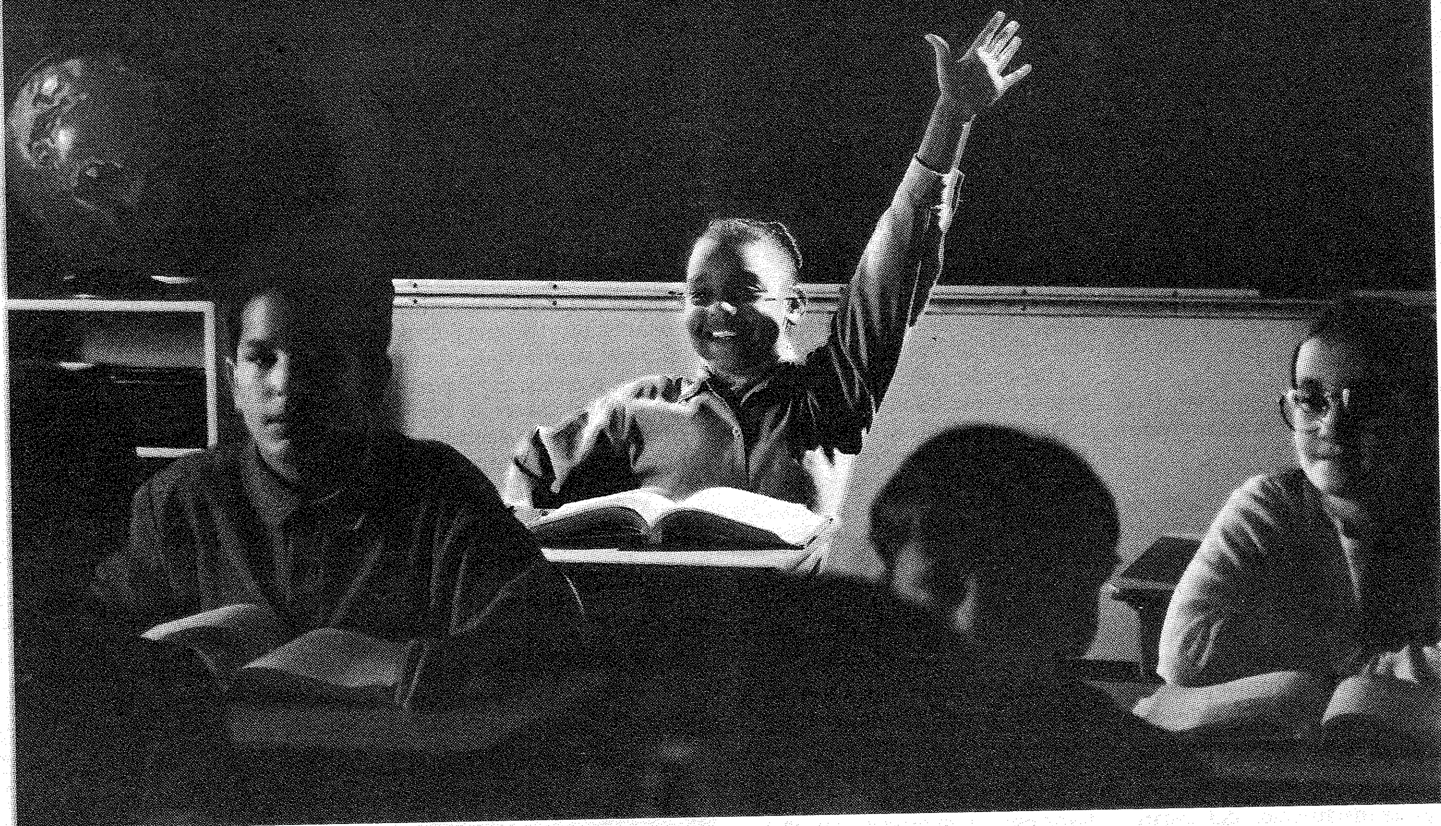
Este asunto de la comunidad es importante. Una lengua no puede ser de nadie si no es además de otros. Y si no es, en cierto sentido, de sí misma. Cuando digo que el español es mi lengua, expreso mi pertenencia a ella. Por eso esta "propiedad" es tan extraña: porque no puede dejar de expresar la pertenencia del dueño a aquello que posee. Y aun decir "que posee" es un exceso. En realidad, uno sólo puede decir que su lengua es suya como dice que su hijo es suyo (suyo, pero no en propiedad; suyo, pero esencialmente otro, libre, independiente). Esta "pertenencia" se da pues de ida y vuelta, como la de un padre y un hijo: un padre sólo es padre en relación con un hijo, que sólo es hijo, a su vez, en relación con su padre.

¿De quién es pues el español? De todos, pero de nadie en particular; de todos, pero no de las academias, ni de las agencias privadas, ni de las "industrias de la lengua". De todos, sí, de todos los que a su vez sean suyos.

El castellano en los EE.UU.

Aprender el "español correcto"

Un poeta peruano refiere su experiencia como profesor de lengua y su trabajo con los hijos de los inmigrantes hispanoamericanos que creen que la lengua de sus padres no es tan buena como la de España.



AFP

EDUARDO CHIRINOS

La escena ocurrió el primer día de clase. Pasé lista y, tal como tenía previsto, me enfrenté con una imaginativa combinación de nombres ingleses y apellidos españoles. La mayoría decía "presente, maestro" haciendo vibrar la /r/ sin redondear los labios, como lo aprendieron de niños para pronunciar "Pérez", "Hernández" o cualquiera de esos apellidos que me hicieron sentir como si estuviera en Lima. Pero esa sensación duró poco. Era mi primer año como instructor de español en la Universidad de Rutgers (New Jersey), y me habían asignado una clase de "hablantes nativos". Entonces no tenía mucha idea de lo que significaba ser "hablante nativo", pero me bastó pasar lista para darme cuenta de que no se trataba de una categoría homogénea. Para aclarar el panorama, decidí conversar con ellos sobre cualquier tema con la excusa de escucharlos hablar. Casi todos se expresaban bastante bien, y si alguna vez incurrían en un anglicismo se disculpaban con un cantito que dejaba adivinar sus orígenes puertorriqueños, cubanos, dominicanos e incluso peruanos. Más confundido de lo que ya estaba, les pregunté por qué se habían matriculado en esa clase. "Para aprender el español correcto", contestó un estudiante. "Eso lo sé", le dije, "¿pero, qué entiendes tú por 'español correcto'?". Su respuesta fue tajante: "el español de España". En ese momento me di cuenta de la tarea que me esperaba. No se trataba solamente de enseñarles la diferencia entre pretérito e imperfecto, el uso del subjuntivo, o la acentuación de tal o cual palabra, sino de hacerles ver que su condición de usuarios del español en un escenario como la Costa Este los convertía en actores de una situación cultural sin precedentes.

Al ser esencialmente oral y callejero, el español de esos chicos no había desarrollado las áreas de lectura ni escritura. Era extraño que la creatividad que demostraban al hablar se transformara en una penosa torpeza a la hora de escribir y leer un texto en voz alta. Todos sabemos que se trata de habilidades distintas, pero el problema era que se percibían a sí mismos como hablantes de segunda categoría, y al español como una lengua que socialmente era mejor ocultar. Conforme pasaron los días, la clase se convirtió en un espacio donde esa lengua vergonzosa era la única en la que nos comunicábamos, y muy pronto se animaron a hablar acerca de su experiencia cultural. Parte de esa confianza se dio porque me presenté ante ellos como peruano, pero debo reconocer que su prejuicio les jugó una mala pasada: cuando les pregunté de dónde creían que era, todos me contestaron que de España. En la fantasía de esos estudiantes el que su instructor fuera español les garantizaba depurar el idioma de las corrupciones sufridas en tierras americanas. De paso, me convertía en el poseedor de un saber prestigioso que me apartaba de ese grupo de personas para las cuales hablar español era excluirse automáticamente del *main stream*. A fin de cuentas, se trataba de hijos de inmigrantes que decidieron abandonar sus países en pos del sueño americano. Y ese sueño, ya se sabe, sólo se sueña en inglés. No sé si sufrieron una decepción al enterarse de que mi español era tan "impuro" y "corrompido" como el de ellos (de plano les dije que no iba a usar el *vosotros* sino el *ustedes*, y que no los obligaría a distinguir fonéticamente la /s/ de la /z/). De lo que sí puedo dar fe es que, además de sorprenderse, les alivió comprobar que no era necesario haber nacido en España para enseñar español, lo que significaba, en buena cuenta, que podían ser tan competentes como cualquier hablante peninsular.

¿Por qué esa obsesión con el español de España? Tal vez sin proponérselo, la academia norteamericana fomenta esta obsesión al llamar "español" a la lengua que los hispanoamericanos preferimos llamar "castellano". Es como si cada uno de los millones de mexicanos, argentinos, guatemaltecos y paraguayos supiera íntimamente que España es una diversidad lingüística y que de esa diversidad, el castellano fue la que le tocó en suerte. Para nosotros, decir "castellano" es una manera de particularizar regionalmente nuestro origen y afirmar nuestra diferencia. En los EE.UU. la figura es distinta. Si bien hay extensas zonas del suroeste donde el bilingüismo es la norma, la enseñanza de
pañol se inició en 1813, cua
George Ticknor ocupó la pr
giosa "Cátedra Smith" de fra
y español en Harvard. Su t
fue continuada por el histori
William H. Prescott y el p
Henry W. Longfellow, el prim
en traducir al inglés las **Copla**
Jorge Manrique. Este último
es importante: las clases imp
das por estos pioneros no te
como finalidad el aprendizaje
español, sino la interpreta
de textos literarios traducido
muchos casos al inglés. Si ind
para nosotros la distinción e
"español" y "castellano" no es
tinente en literatura, se entie
que los programas y departam
tos norteamericanos hayan m
tenido ese nombre.

Poco a poco, mis estudia
fueron tomando conciencia de
hasta la más mínima noción
matical aprendida en clase t
un sesgo cultural e ideológic
trataba de recuperar una le
que muchos de sus padres dej
atrás junto a un pasado trau
co que, con toda razón, no qu
para sus hijos. El sólo hech
que esos muchachos y mucha
asistieran a la universidad era
señal de que los fantasmas d
padres se estaban desvanecie
que en el futuro gozarían de
tunidades negadas en su pa
origen. Pero ya sabemos qu
fantasmas no se desvanece
tan fácilmente. Que el esp
sea más popular que el franc
alemán y el ruso en las esc
y universidades norteameri
suele explicarse por el decliv
influencia francesa, la derro
mana en las dos guerras mu
les y el fin de la Guerra Fría
hay otras razones que tiene
ver con lo que llamaría "en
dad histórica". A diferencia d
mán y el ruso (y en nuestro
el árabe), la enseñanza del es
nunca fue parte de una p
gubernamental de defensa
una estrategia de acercami
una minoría cada vez más d
en todos los ámbitos de la c
norteamericana. Para el c
los hijos de los inmigrant
panos, recuperar la lengua
abuelos era la única man
preservar una identidad co
no sentirse absorbidos por
lenta homogenización que e
main *stream*.

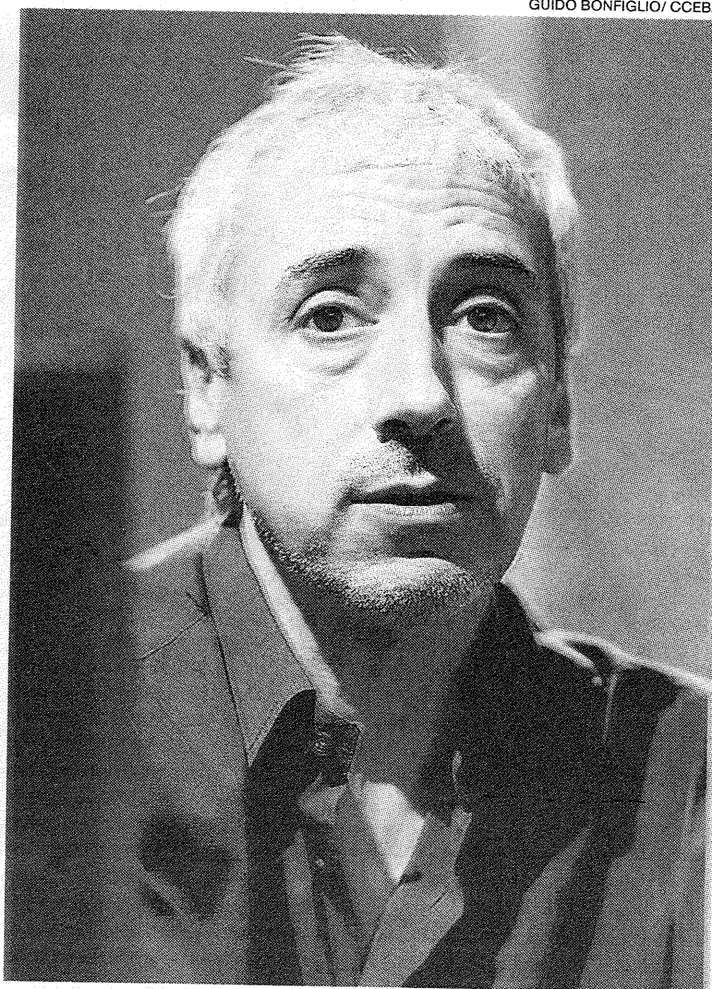
La alusión a los abuelos
pone ninguna metáfora fa
Cuando les pedí a mis estu
que escribieran una comp
acerca de su primer conta
la lengua española, ningun
cionó las canciones de Sha
las de Ricky Martin. Tod
excepción, escribieron ac
su abuela (o abuelo) que l
daba cuando eran niños m
sus padres se iban al traba
gratificante comprobar q
muchos de ellos el salón
era una extensión de ese v
Y que comprendieran que
bien cultural que se resis
propiedad privada es el le

Lengua y traducción

Miento para la Corona

Un narrador y traductor, radicado en España desde hace más de tres décadas, comenta su trabajo "sobre un mar infestado de especies verbales voraces".

ANDRES EHRENHAUS



GUIDO BONFIGLIO/ CCEBA

Andrés Ehrenhaus o el traductor como doble agente.

Si nos atenemos al lugar común que entiende como verdad aquello-ahí que lleva menos velos o que ha pasado por menos filtros humanos, a nadie sorprenderá si digo que la palabra escrita está más cerca de la mentira que la palabra hablada: el signo escrachado en la piedra dice menos de lo que oculta. Así, pues, ya por el mero hecho de escribir, mentimos como bellacos. Si encima escribimos ficción, la falta a la verdad empieza a ponerse seria; si traducimos, ficción o no, la cosa se vuelve exponencial. Hay todavía un grado más de fingimiento: el del transterrado verbal.

En un artículo esclarecedor, conciso y elocuente sobre la suspensión de la incredulidad publicado allá por 1999 en *El trujamán*, la página virtual del Instituto Cervantes dedicada a los traductores, Juan Gabriel López Guix constataba que el lector de traducciones ha de duplicar su apuesta a ciegas por la credulidad ya que, además de creer que lo que le pasa a Emma Bovary es cierto, tiene que creer que detrás de esas verdades sólo hay una pluma cuando, en realidad, hay dos: la del autor y la del autor de la traducción. Para un argentino o para cualquier otro latinoamericano hispanoparlante que ha vivido y traducido en España durante un tiempo considerable, o que simplemente nutre de traducciones a la industria editorial española, la suspensión de la incredulidad sufre una vuelta de tuerca más, pues la lengua en la que miente lo que otros mintieron antes es una lengua, para colmo de mentira, una lengua que no habla naturalmente o, para decirlo con más crudeza, una lengua en la que no sueña ni soñó jamás.

Por tanto, el traductor latinoamericano que trabaja para la Corona debe renunciar a priori, si quiere seguir vivo en el mercado, a la naturalidad que le es connatural y adoptar una naturaleza ajena, la del que nunca abandonó, lingüísticamente hablando, el suelo peninsular. Para este traductor –situémoslo históricamente: a partir de los primeros años 70, la emigración editorial invierte su flujo y numerosos traductores y redactores rioplatenses y chilenos, muchos de ellos formados en editoriales fundadas por exiliados españoles, se trasladan a España, donde la edición y, por consiguiente, la traducción empiezan a despertar del letargo endógeno y a plantearse un ambicioso proyecto de amplio liderazgo político, económico y cultural, para el que paradójicamente necesitan del capital intelectual latinoamericano– la supervivencia económica y social pasará por adoptar la nueva *lingua franca* de edición y por cuidarse muy mucho de mancillarla con latinoamericanismos, de los que varios cuadernillos de estilo de editoriales españolas de todo cuño abundan en largas y pormenorizadas listas de voces y usos proscritos.

Esta estigmatización la comparten, cómo no, con algunos catalanismos y, por supuesto, galicismos y neologismos de origen inglés. Huelga decir que muchos de estos términos y usos proscritos por los cuadernillos mencionados son de tan rancia estirpe castellana como el **Quijote** apócrifo de Avellaneda (por ejemplo, "balde", sobre todo si se lo usa para baldear; "durazno", en especial cuando el melocotón es pequeño; o "chambón", que no viene de Chamberí pero casi). Algunos de estos recién llegados de las ex colonias trabajaremos baldeando las bodegas de los libros traducidos en América Latina para acabar de limpiarlos de sus estigmas de origen. Lo confieso, yo he desargentinizado traducciones. No sólo se tratará de pasar la mopa lexicográfica sino, y para eso les venimos al pelo, de limarles la cadencia criolla. Los despojamos de su particularidad local y los traemos al Shangrilá del español neutro; el proceso, azaroso a veces, será singularmente menos caro que volver a encargar la traducción (posiblemente, a un traductor latinoamericano neutralizado).

Ese mismo proceso ya lo habremos operado sobre nosotros mismos. Digo bien sobre, porque actúa como una pátina, una capa (iba a decir caspa) no del todo invisible pero sin duda ni inocente ni inactiva. Al principio incorporamos la obligada costumbre de desargentinizar nuestra prosodia casi como un juego, continuación se diría que natural de la política lingüística aplicada por nuestros reformadores locales. El niño argentino escolarizado aprende, entre otras delicias, a con-jugar (perdón, fue irresistible) como si fuera español. Parece lícito preguntar para qué le servirá esa esquizofrenia; pues para trabajar en la industria editorial española, por ejemplo. Sin embargo, la respuesta es falsa: el niño argentino escolarizado no incorpora ese conocimiento a su lengua, no opera con él, no lo hace suyo. Es más, fuera del ámbito exclusivo de la clase de lengua, las conjugaciones españolas se caricaturizan y archivan mentalmente por si las moscas. La distancia entre habla y lengua escrita en América Latina es una realidad que raya lo superestructural y cuya tensión se sigue palpando, a veces con extraordinaria vehemencia, en el terreno literario. Así lo señala Edgardo Dobry en su excelente libro de ensayos sobre poesía, **Orfeo en el quiosco de diarios**, al citar a su vez una conferencia de 1969 de Angel Rosenblat: "Prescindiendo de ciertas corrientes que se suelen llamar barrocas o preciosistas [...], parece que la constante más visible [en la literatura española] es cierto realismo o popularismo lingüístico, que ha dado obras tan representativas como las novelas de caballería, el romancero, el teatro clásico, el Quijote, la novela de Galdós. Escribir como se habla ha sido un ideal del español desde Juan de Valdés hasta Unamuno [...]. En Hispanoamérica esa relación entre lengua hablada y escrita tenía que ser naturalmente más compleja. La lengua hablada se ha diferenciado desde la primera hora. Pero el ideal de lengua escrita siguió siendo la lengua escrita de la Península". Como bien apunta Dobry a continuación, este hecho insoslayable da lugar a una polémica eternamente viva que pasa, ya en la década de 1840, por las posturas encontradas de Bello y Sarmiento (que se resuelve, en la práctica deresuelta por las sucesivas políticas educativas casi siempre más a favor del bellismo que del sarmientismo) y, ya más cerca, en la respuesta de Borges a Américo Castro en, por ejemplo, **El idioma de los argentinos**.

Ni Sarmiento ni Borges

Sin embargo, ni Sarmiento ni Borges acabarán por darle plena carta de nacionalidad lingüística al argentino. En Sarmiento es más entendible pero a nadie se le escapa que Borges elude todo cuanto puede y más el uso de una prosa próxima al habla, como si el registro literario no lograra desembarazarse de ese lastre político al que aludía antes.

En cualquier caso, ambos eran traductores, y es de cajón que la perentoriedad de tener que elegir todo el tiempo, inherente a la traducción, los llevó a pensar más urgentemente en el tema. ¿Qué son el argentino, el cubano, el mexicano, el chileno? ¿Variantes dialectales de una lengua central y hegemónica, sólidamente asentada y representada en el habla y en las letras? ¿Subrealidades excéntricas o periféricas? ¿Caprichos folclóricos? ¿Impurezas, resabios, bacterias? Recordemos que la reciente y creciente inmigración latinoamericana empieza a impregnar el español peninsular (tomándolo, a efectos teóricos, como una unidad... que no es) de partículas vivas, espoletas de efecto retardado, expresiones que se acomodan sigilosamente en los pliegues y rincones gracias, entre otras razones, a la falta de filtros fronterizos de las redes sociales, virtuales o no. De ahí, tal vez, las iniciativas academicistas de reactivación, plumereo y neoadrenalina lingüística que empiezan a extender su no tan sutil ni sigilosa red de comisariado por todo el ámbito hispano. Como ejércitos más o menos perezosos, los intelectuales a uno y otro lado del charco parecen prepararse para librar una nueva batalla.

Si he dicho parecen y no parecemos no es porque yo, soldado perezoso al fin, no me prepare también para librar en mi modesta medida (y estas líneas son una muestra cabal) esa batalla en la superestructura sino, precisamente, porque el hecho de librarla cada día en escenarios y arrabales mucho más humildes y susbestructurales me ha puesto desde siempre en guardia acerca de la orilla en la que tengo puestos los pieses.

Ustedes sabrán disculparme pero la sensación que tengo –especialmente– cuando me siento a escribir es la de quien cuelga sobre un mar proceloso infestado de especies verbales más o menos voraces. Si el viento de la necesidad económica me empuja cuando traduzco a las costas mediterráneas, es otro viento el que me mece cuando me dispongo a escribir mi mentira; sin embargo, y aunque ambos vientos tiran lo suyo, igual que a todos los latinoamericanos que tratamos de escribir nuestra propia mentira, la tensión entre las orillas no nos deja del todo en paz y ni siquiera nos promete, a largo plazo, el sosiego.

Quizá para nosotros escribir sea un acto desasosegado. O quizás no, y no debemos aceptar –ni acatar– tan magro consuelo. Mucho me temo, en cualquier caso, que la batalla consuetudinaria de la que hablaba tendrá que librarse, sobre todo, en el frente de la traducción. ¿Cuál será el día en el que las traducciones al argentino, al mexicano, al paraguayo, no (nos) suenen a serpiente emplumada? También me temo mucho que ese día no vendrá de regalo.

MARTIN TO



Traducciones argentinas adulteradas

¡Cáspita! ¡Libro corregido!

Especialista en la historia de la traducción y profesora en la Universidad Autónoma de Barcelona, la autora analiza el curioso recorrido de las traducciones argentinas y de la inescrupulosa corrección que sufren en Espa

MARIETTA GARGATAGLI

Hace unos meses, en una librería del pasaje Russel encontré **En la Bahía** de Katherine Mansfield, traducción de Leonor Acevedo de Borges, editada por Losada en 1938, edición de celestes tapas duras y una dedicatoria "Con todo el cariño de tu vieja amiga, 16 de diciembre de 1940". Como la letra parecía de la madre de Borges y el pasaje Russel estaba tan cerca de la antigua calle Serrano me pareció un homenaje casi obligado sentarme a leer el libro enfrente de El Preferido y mirar el gato gris que cuida la puerta. En pocos minutos, la perfección olvidó la esquina perseguida por el mundo real: las moscas y los mosquitos alegres por el verano, los alguaciles y las langostas verdes, los cuentos escritos en castellano peninsular. Cáspita, el libro fue corregido.

El asombro no correspondía exactamente a que se hubiera intervenido en la escritura de Leonor Acevedo a la que su hijo atribuyó la traducción de **Las palmeras salvajes** de William Faulkner y **Un cuarto propio** de Virginia Woolf y que, cualquiera que fuera la verdad, escribía un castellano notable. Lo verdaderamente extraño era que se trataba de uno de los libros que, en teoría, iban a iniciar un ciclo de exportaciones inversas. Las dársenas de Buenos Aires en lugar de los puertos de Europa. Las editoriales argentinas vendiendo y produciendo los materiales que, desde 1939, abastecerían el mercado de la lengua española. Tal era el enigma.

La transformación de una señora, que llevaba 62 años siendo argentina, en traductora madrileña (repetida en otros volúmenes que pude ver) no es más raro que el movimiento que la envuelve: la existencia de un mercado editorial que alguien debía regular, abastecer y dirigir.

La historia no comienza cuando un corrector de Losada escribió "color pálido de albaricoque", "jerseys azules", "el pechero del delantal ornamentado con vainicas" sustituyendo lo que, probablemente, Leonor Acevedo había escrito: "color pálido de damasco", "pulóveres azules", "la pechera del delantal adornada con vainillas". Empieza antes, en tiempos casi remotos.

Los libros franceses

Antaño (voy a utilizar esta imprecisa fórmula temporal para describir algo ocurrido a lo largo del siglo XIX), los libreros americanos compraban sus fondos en casas de Francia: Hachette, Garnier, Viuda de Ch.Bouret, Armand Colin, A. Roger y F. Chernovitz, Louis-Michaud; de Alemania (Herder); del Reino Unido (Thomas Nelson) o de EEUU (Appleton) que ofrecían libros en castellano, traducciones y originales –sobre todo de autores americanos. La razón era doble: los fondos franceses suministraban la bibliografía de la modernidad; las editoriales no españolas editaban los libros de la historia de América que los americanos del siglo XIX estaban comenzando a conocer: desde las crónicas de Indias a los manuscritos que habían estado tirados por los conventos y que nadie había publicado jamás. Existía (proyectado también al siglo XX) un circuito de lectores en lenguas originales, inglés, francés, italiano o alemán, que compraban libros en Europa o, en el caso de Buenos Aires, en las numerosas librerías que describe el extraordinario estudio **Borges, libros y lecturas** sobre los volúmenes donados por el antiguo director de la Biblioteca Nacional: Mackern's, Mitchell's Book Store, Pigmalión, Goethe, Barna, Beutelspacher, Messerer, Herder, Viau y Cía, Verbum.

En algún momento de antaño, los editores españoles –que iban a tener en pocos años un aceleradísimo proceso de industrialización– repararon en su ausencia. No formaban parte del comercio de los libros con América. Las noticias culturales (entre ellas la Independencia) que explicaban que los americanos prefirieran comprar libros franceses y no españoles se difuminaron en un discurso americanista, de unidad espiritual y lingüística, que contuvo, por primera vez, la noción de América como un mercado. La creación de una delegación de Espasa-Calpe en Buenos Aires en 1922, la editorial española que inició el camino futuro, parece el comienzo de algo cuando en realidad es el fin de una aventura. Viajantes con sus baúles llenos de libros que iban de México a Chile; representantes que concentraban los productos de diez o quince editoriales; empresarios como Emanuele Maucci, Ramón Sopena o Pablo Salvat que habían capitalizado sus empresas metropolitanas gracias a América; instituciones que propiciaban intercambios económicos más amplios; gestiones ante las autoridades para impedir la piratería; promoción de una legislación que amparara los derechos de autor. Nada parecía poco ni descabellado. Y no lo fue. Hacia 1920, ya se vendía en América, el 50 por ciento de la producción editorial española.

En la Argentina, volviendo a 1938 cuando Losada comenzó a publicar, existía una industria cultural activísima que cubría todas las redes de lecturas, desde el folletín a las formas nuevas de la novela o del pensamiento contemporáneo. La presencia de un proyecto editorial que podríamos llamar paralelo, que había elegido a la Argentina como centro de operaciones y de control de las exportaciones españolas hacia América (crecido por otras filiales: Labor, Aguilar, Juventud), no parecía interferir en los modos de la edición locales. La solitaria presencia de Eduardo Mallea y de un libro de poemas de Leopoldo Marechal, entre los 1.500 libros que componen el catálogo de la colección Austral de Espasa, revela que el interés por entrometerse en los gustos de los lectores argentinos era inexistente. El triunfo de Franco lo cambió todo.

Fernando Larraz (en un estudio interesantísimo sobre los movimientos editoriales del período) refiere que Gonzalo Losada llegó a la Argentina en 1928, para hacerse cargo, junto a Julián Urgoiti, de la delegación de Espasa-Calpe. Diferencias ideológicas directivos de Madrid lo lle fundar, con Enrique Pére doro Becú, Jesús Alonso socios capitalistas, la empr lleva su nombre. Tambiér de Espasa Julián Urgoiti, só después a ser director americana, cuando Antoni Llausàs primero gerente, propietario, llegó de Euro hacerse cargo de la editori

La creación de Sudam (como revela la investiga haustiva de Gabriela Dal y Fabio Expósito) refleja del conflicto español: las te entre los proyectos editori drileños y catalanes. Curi te, la tercera empresa que también en 1939, Emecé, dada por el gallego Mari dina del Río, lo que term de reproducir en la Arge mapa de las enfrentadas lidades históricas de la pe Tanto Emecé como Sudar tuvieron origen en capital nales. Jacobo Saslavsky, Santamarina, Alejandr Eduardo Bullrich, Carlo Alejandro Menéndez Bel

toria Ocampo, Oliverio Girondo fueron los socios capitalistas de Sudamericana; la familia Braun Menéndez, de Emecé.

La pasión exportadora

Losada, Sudamericana o Emecé fueron consideradas empresas argentinas (ahora ya no lo son), aunque tuvieran una definición exportadora que las vinculaba más a las filiales metropolitanas que a la tradición editorial argentina. Las antiguas o modernas delegaciones tenían como horizonte vender libros a América; Losada, Sudamericana o Emecé incluyeron a la Argentina en un sistema de producción industrial internacionalizada que produjo otros efectos. A largo plazo, que los grandes escritores que tuvo el país se editen en el presente fuera del país. A mediano plazo, que las traducciones realizadas en la Argentina entre 1930 y 1970, que contienen lo más memorable de la literatura del siglo XX, se convirtieran en una suerte de fondo público que cualquier editor español puede reproducir, plagiar, "revisar" o desechar. A corto plazo, en 1938, que estas nuevas editoriales argentinas intervinieran en la lengua que se escribía en la Argentina y en la forma de traducir de la Argentina.

Esas "revisiones" y la contratación de traductores de origen español moldearon un estilo que se mantuvo hasta que el crecimiento vertiginoso obligó a contratar traductores argentinos que, en pocos años, eran los más numerosos. Sin embargo, sospecho que las intervenciones dogmáticas, que habría que analizar texto por texto, continuaron bastante tiempo. En la "edad de oro" de la industria del libro argentina, que José Luis de Diego sitúa entre 1939 y 1953, el país producía el 80 por ciento de los ejemplares que se leían en España. Como el mito de las "malas traducciones sudamericanas" corresponde a los años sesenta o setenta no es difícil predecir que en los años anteriores no se debían leer libros "escritos en argentino".

La idea de que las traducciones deben preservar un modelo de lengua está muy presente en los modos de la edición española contemporánea. Que ese modelo sea español no resulta tan raro como la conjetura de que un idioma necesita un paradigma. La lengua castellana dispone de un arsenal intemporal e inmenso de formas estéticas y verbales que no parecen reclamar otro cuidado que una combinación armoniosa. La creencia de que existe un ideal que nos está esperando en alguna caverna es un disparate. La lengua castellana es plural: no se lee, no se escribe, no se traduce del mismo modo. Las inclusiones, las exclusiones, las naturalizaciones o los énfasis son tan variados como las tradiciones literarias nacionales. Esa pluralidad, en América latina, fue considerada algo bueno: porque, desde siempre, la percepción de la homogeneidad fue identificada con lo diverso. Parecerse en la creencia de que no importa parecerse o no parecerse permitió que las lenguas castellanas nacionales dialogaran (y se leyeran) con natural imparcialidad en el escenario compartido de la escritura o de la traducción.

Ningún argentino de entonces hubiera juzgado ilegibles los relatos corregidos de la madre de Borges: eran una mímesis de las traducciones que antes llegaban de Francia (cuyos traductores eran españoles) o de las editoriales peninsulares que llevaban bastantes años exportando libros al otro lado del Atlántico. La diferencia española se sumó, con naturalidad, a las diferencias preexistentes entre los países latinoamericanos, cuya convivencia en un mismo idioma jamás produjo ningún debate ni tampoco correcciones mutuas. Al revés no ocurrió lo mismo.

Las traducciones latinoamericanas, sólo visibles durante escasos años, produjeron incredulidad. Hiato que no pudo subsanar la lectura de escritores transatlánticos que usaban las mismas palabras que parecían irreverentes. ¿La razón? Esos escritores fueron (y son) considerados extranjeros en España y las variaciones léxicas meros rasgos de estilo, una rareza admisible.

Cómo no pagar

Más tarde, la recuperación editorial en España, el traslado de fondos editoriales a la Península y lo barato que resultaba no pagar derechos convirtió a las traducciones argentinas en un borrador que correctores locales debían enmendar para hacerlas "legibles". La práctica extensa tuvo (y tiene) modalidades. El plagio directo que borra el nombre del traductor y lo sustituye por el que hizo la desargentinización o por un pseudónimo. El plagio florido, que no excluye a las traducciones de Borges, que consiste en utilizar sinónimos, a veces los más raros, para que no coincida ninguna palabra a pesar de que el ritmo sintáctico y el movimiento de la prosa (y la traducción) sean los del traductor original. El plagio demoledor, que busca injertar como sea el argot contemporáneo para que la obra se vea renovada pese a que la versión se hizo hace 50 años. El plagio eterno, que trata de revisar hasta el exterminio traducciones como **Cumbres borrascosas** de María Rosa Lida publicada en Sur en 1938. Etcétera.

Declarar incompetentes a los lectores peninsulares para entender variaciones que no fueran las propias los apartó de esa identificación con la diferencia: el único paradigma de una lengua común. Fue como un bumerán. En 1938, un lector latinoamericano no quedaba prisionero del misterio leyendo una traducción española. Ahora sí.

Lengua y propiedad IV

El español es de todos

El poeta y narrador colombiano responde a la pregunta planteada por Ñ, recorriendo la historia de la lengua.

DARIO JARAMILLO AGUDELO

De quién es el español? Es de Cervantes y de Lope, de santa Teresa y de sor Juana, de Jorge Manrique y de Quevedo, de Fernando de Rojas y de Calderón, de Góngora y de Garcilaso, de Rubén Darío y de Pérez Galdós, de Machado y de Juan Ramón, de Clarín y de Bécquer, de Neruda y de Cortázar, de Paz y de Rulfo, de García Márquez y de César Vallejo, de Borges y de Monterroso, de Felisberto y de Onetti, de Montejo y de Watanabe, de Pacheco y Vargas Llosa. De todos ellos, de Gracián, y de la chica que viene a poner orden en mi casa y de su hijo de cuatro años que no puede decir "don Darío" y me dice "ondarío", de Le Pera y de Agustín Lara, de Celia Cruz y de Daniel Santos, el español es del vendedor callejero que grita 'man-da-ri-nas", del locutor que grita "gooooooooool" con todas las oes que alcanza a resistir un pulmón entrenado para los pregones, el español es de mi madre, el español es mi lengua madre.

¿De quién es el español? Es de un navegante genovés, Cristóbal Colón que, durante su primer viaje, entre octubre de 1492 y enero de 1493, anota en su diario palabras de los nativos de La Española; varias de esas palabras pasarán pronto al español: canoa, hamaca, cacique, cazabe, tiburón...

¿De quién es el español? Es de los mexicanos; de ellos decía un viajero de fines del siglo XVI que su manera de hablar era "pulida, cortesana y delicada y naturalmente retórica, mucho más propia y elegante que la de los españoles peninsulares". Por la misma época circulaba una ley según la cual "cuando se dudare de algún vocablo castellano, la duda deberá resolverla el hombre toledano que allí se hallare": el español, entonces, es también de los toledanos.

¿De quién es el español? Es de Candelario Obeso (1849-1884), poeta colombiano, negro, que escribió la Canción der boga ausente: "Qué trijte que ejtá la noche, | la noche qué trijte ejtá; | no hay en er cielo una ejtreya... | ¡Remá, remá! | La negra re mi arma mía, | mientra yo brego en la má, | bañao en suró por eya, | ¿qué hará? ¿qué hará? | Tar vej por su zambo amao | doriente sujpirará, | o tar vej ni me recuerda... | ¡Yorá, yorá!".

¿De quién es el español? Es de los redactores del periódico El Telégrafo de la comunidad sefardita de Estambul, que en 1894 –402 años después de su expulsión de España, de Sefarad–, publicaban un editorial que decía: "...Por lo que es de nos, nosotros nos aplicaremos a ser antes de todo entendidos en nuestro público en empleando siempre palabras españolas y dando a nuestras frases la construcción español. No tenemos la pretensión de pueder ansí arrivar a escribir con perfección la lengua de Cervantes, de Calderón y de Lope de Vega. Nuestras intenciones son más modestas. Nuestro propósito es de emplearnos a purificar nuestro jerigonza en españolizándolo de más en más".

¿De quién es el español? Es de los hablantes que lo llaman castellano y es de los hablantes que lo llaman español. El español es de Octavio Paz que decía que "yo me siento ciudadano de la lengua española y no ciudadano mexicano; por eso me molesta mucho que se hable de lengua castellana, porque el castellano es de los castellanos y yo no lo soy, yo soy mexicano y, como mexicano, hablo español y no castellano". El español es de los hablantes que no les importa llamarlo español o llamarlo castellano.

¿De quién es el español? Es de las personas que usan las palabras del español y las escriben con ortografía inventada para el chat, el español es de las Academias de la Lengua, que ya no prescriben pero sí contribuyen a cierta unidad de la ortografía y a la documentación del idioma. Además, la academia, según dice su eslogan, "limpia, fija y da esplendor": como la cera para pisos.

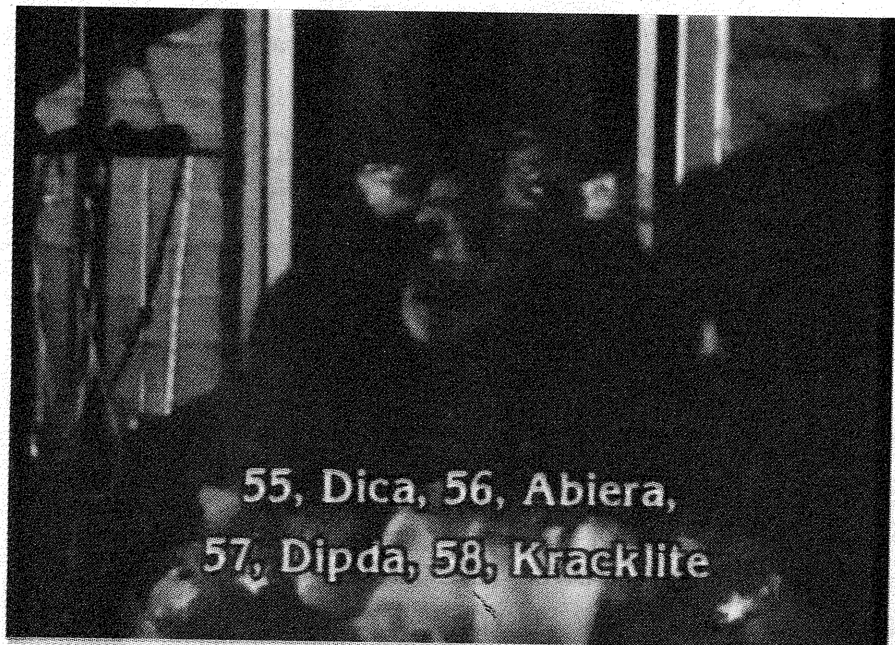
¿De quién es el español? Es de Salvador Novo, mexicano, que cuenta de su viaje a Buenos Aires, cuando su amigo Victorio Santagasta le canta al oído un tango que Novo copia devotamente: "Dónde te fuijtej tango |que te bujco siempre| y no te puedo hachar;| te juro por mi vieja| Que si no te encuentro me pongo a chorar.| Fui por Florida acher| y por corrientes hoy;| me han informado| que te habían piantado| con tu bandoneón;| pero yo sé que vos| no aguantarás el tren| naipe marcao| Cuando ya es junao| tiene que rajar..." Como queda demostrado, el español es, también, de los argentinos.

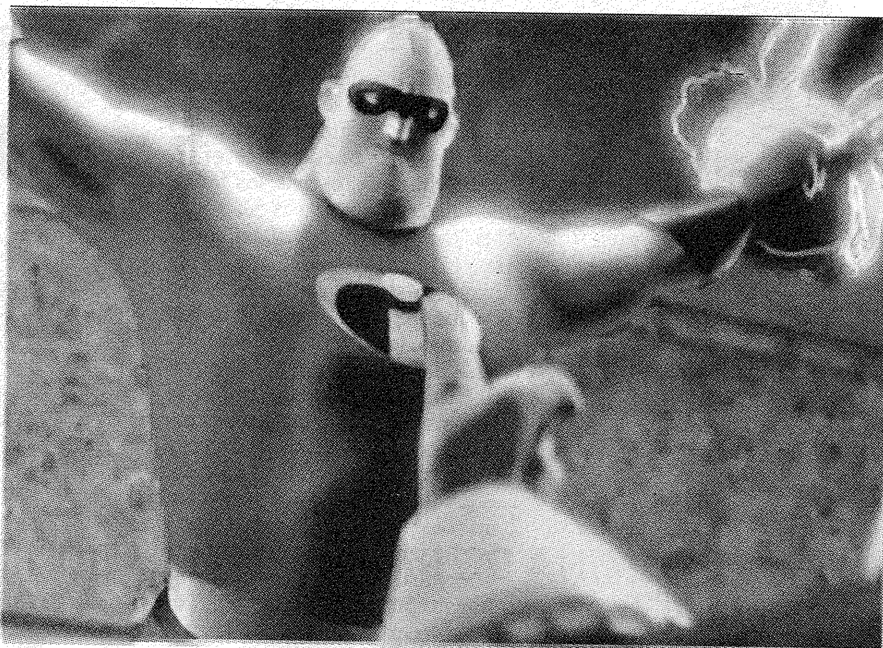
¿De quién es el español? Como quedó dicho el español es de Novo, que se encuentra en Buenos Aires con Federico García Lorca: "–Pero zi tú ere mundiá - me decía-. ¡Y yo sabía que tendría que conozerte! En España y en Nueva Yo, y en La Habana y en toah parte me han contao anédota tuyaz y conozco tu lengua rallada pa' hazé soneto! –Y luego poniéndose serio–: Pa mí, la amiztá e ya pa' siempre; e cosa sagrá; ¡paze lo que paze, ya tú y yo zeremos amigo pa toa la vía!". Es evidente que el español es de García Lorca y, de todos los andaluces.

¿De quién es el español? Es de Salomón Gaón, presidente de la Federación Sefardí Mundial, que en 1990 –medio milenio después de su expulsión de España, de Sefarad–, que dijo cuando recibía el premio Príncipe de Asturias: "Hay historianos que demuestran porké los Djidiós refugiados in Espania nunca olvidaron de su vieyo país y nunca desharon de tenr un amor filial por Espania. Hay solamente una respuesta: detodas las diásporas en kualas vivían dispersos el pueblo de Israel, solamente in Espania se kreó una época deoro. No komoin las otras diásporas, in Espania los Djidiós o eran konsiderados komo una menoría extranjera, pero komo una parte integral y buen de la tierra onde bevían kasi dos mil anios... Para nosotros los Djidiós, Sefarad mos aza rekordar el tiempo kuando nuestros padre bevian in Espania, en la kuala ombres y muyeres prektikando kultos diferentes, djidió, kristinao i musulmán, formavan una komunitá, en dando un esemplo de ermanda y konkordia".

¿De quién es el español? Es cada día de más gente. En 1500 existían quince mil idiomas en la tierra. Ahora son seis mil lenguas y dos tercios de éstas tienen menos de veinte mil hablantes y en 2100 se calcula que los idiomas serán mil. La mortandad lingüística es altísima y el español se erige como una de las tres o cuatro lenguas más habladas de la Tierra, junto con el mandarín, el inglés y el ruso.

¿De quién es el español? Es de los dominicanos: cuando el dictador José Leonidas Trujillo mataba haitianos en la frontera había un modo de diferenciar haitianos y dominicanos. Éstos pronunciaban correctamente la palabra "perejil" y los haitianos, francófonos, la decían guturalmente: sin misericordia, el que dijera "peguejil" era pasado por las armas. Definitivamente, el español es de los dominicanos.





MIGUEL WALD

Subtitulado y doblaje

Maletas en la cajuela

"La traducción audiovisual también está sometida a la costumbre", señala el especialista que firma esta nota, donde se habla asimismo del impacto del castellano neutro.

El ser humano es, sabemos, un animal de costumbres. Algunas de esas costumbres se adquieren por voluntad propia y otras se imponen desde el exterior, por diversas razones. Lo extraño es cuando esas razones son ajenas a la persona, pero esta, de todos modos, las acepta mansamente. Algunas de esas costumbres, tanto las propias como las impuestas, tienen que ver con la lengua que hablamos y escribimos, la lengua en que nos comunicamos. De hecho, casi podríamos decir que el idioma mismo no es más que una costumbre: nos acostumbramos a que esto se llame revista, aquello se llame libro y lo de más allá se llame de algún otro modo. Y así vamos construyendo un sistema (al que llamamos "idioma") por el que nos comunicamos, nos expresamos y nos reconocemos.

La traducción audiovisual también está sometida al rigor de la costumbre, en cualquiera de sus dos grandes tradiciones: la del doblaje y la del subtitulado. Hay países en los que la gente prefiere mayoritariamente ver películas dobladas (como España) y otros (como el nuestro) en los que se prefiere ver películas subtituladas. Ambas formas tienen desventajas: el doblaje nos priva de la voz del actor y sus matices; el subtitulado, por su parte, no solo nos impide ver parte de la pantalla, sino que además nos obliga a concentrarnos ¡todo el tiempo! en la parte inferior del cuadro, con el riesgo de perdernos parte de lo que sucede en la película. Y sin embargo, lo preferimos. ¿Por qué? Por costumbre: estamos acostumbrados al subtitulado.

Pero lo más curioso, lo más extraño, es que los argentinos estamos acostumbrados a ver películas subtituladas en un idioma que no es el nuestro. Sí, es castellano, pero no nuestro castellano, no nuestro idioma. Es una lengua plagada de palabras, tiempos y formas que nadie usa en este país. ¿O acaso algún argentino pone maletas en la cajuela, fresas en el refrigerador o chaquetas en el ático? Y sin embargo, esas palabras son frecuentes en los subtitulados y a nadie le resultan extrañas. Es obvio que podemos entender a qué se refieren, pero también es evidente que no es así como hablamos, y que cuando leemos "cajuela" pensamos en un baúl, cuando leemos "fresas" pensamos en frutillas, etc. Pero, entonces, ¿por qué los traductores no traducen directamente a nuestro idioma real? ¿Qué razones hay para hacer una especie de subtraducción (que el espectador terminará mentalmente) y poner "maleta" en vez de "valija", "cajuela" en vez de "baúl", "refrigerador" en vez de "heladera"... y centenares de ejemplos más? Está claro que no es para comunicarnos mejor. ¿Para qué, entonces? Pues el motivo no es otro que aquel del que hablaba hace cuatrocientos años Francisco de Quevedo: el dinero, ese poderoso caballero. Esa es la única razón por la que se traduce a algo que se suele denominar "español neutro" o "internacional", aunque nadie sepa bien qué es. Se traduce a ese español para ahorrar costos, porque ningún distribuidor (que paga por el derecho de exhibir una película en este país) está dispuesto a gastar miles de dólares en películas subtituladas en el castellano de la Argentina, que solo servirán aquí, si puede hacer traducciones que podrá usar aquí, en Chile, en Paraguay y otros países hispanohablantes. Pero para que los hablantes de esos países "acepten" el subtitulado, tendrá que ser un idioma que no sea notoriamente local. Es decir, aunque los personajes hablen en un idioma sumamente coloquial e informal, en la traducción para subtitulado no se podrá poner, por ejemplo, que la gorra agarró al chorro y lo metió en cana, porque resultará desconcertante en otros países. Y entonces, ¿qué palabras se elegirán? Pues aquellas que resulten más fácilmente comprensibles en más países. No más expresivas o sencillas, sino solo más comprensibles. Y los espectadores lo aceptarán. De hecho, lo aceptan y se acostumbran, al punto de convencerse de que esa es la mejor traducción.

Veamos algunos ejemplos. Hace un cuarto de siglo, cuando las primeras películas de Peter Greenaway llegaron a la Argentina, sus distribuidores decidieron hacer traducciones locales, en las que los personajes hablaran de "vos" y los insultos no fueran los neutros e insulsos "imbécil", "maldito" y demás, sino los que realmente usamos aquí: "boludo", "pelotudo", etc. Así se vieron en las salas argentinas películas como **El cocinero, el ladrón, su mujer y su amante** y **El vientre del arquitecto**. Sin embargo, poco después, cuando los mismos distribuidores trajeron al país otra película de Greenaway, que aquí se llamó **Conspiración de mujeres**, le pidieron al traductor que hiciera una traducción neutra, "hablada de tú", porque, según decían ahora, los espectadores argentinos sentían extraña una traducción a su propia lengua, a su propia forma de hablar. ¿Por qué? Por costumbre. Estaban (y están) acostumbrados a que los personajes se tutearan. El argumento era por lo menos curioso: en inglés la gente no habla de "vos". Eso es obvio, claro, pero lo que ese argumento no advierte es que en inglés tampoco se habla de "tú", sino que simplemente se habla en otro idioma, que no incluye el tú ni el vos, sino pronombres, conjugaciones y palabras propias de ese idioma, y que lo que se hace al traducir es llevar eso a las formas propias del idioma al que se traduce. Y esas formas, en el castellano de la Argentina, incluyen el vos. Pero, como decíamos, el espectador se ha acostumbrado a que no sea así, a que estén habladas "de tú"... y su propia lengua le resulta extraña.

A la izquierda arriba, un fotograma de "Conspiración de mujeres", de Peter Greenaway.
A la derecha, "Los increíbles".

Con el doblaje pasa algo similar. Las únicas películas que los espectadores argentinos "aceptan" dobladas en el cine son las infantiles. Las películas para niños no se subtitulan porque los pibes (si se me permite el exabrupto) no pueden leer a la velocidad suficiente como para seguir el texto. Tradicionalmente, como sabemos, los doblajes de películas infantiles se hicieron siempre con el "tú" que tan ajeno nos resulta, pero hace unos años empezaron a hacerse experiencias con doblajes realizados aquí (con **Los increíbles**, por ejemplo) y voces evidentemente rioplatenses, por la creciente importancia del Cono Sur en la cantidad de público. La reacción de los espectadores argentinos fue notable: los más pequeños recibieron bien la novedad, pero los más grandes (es decir, los adolescentes y los jóvenes) se quejaron. Les molestaba que los personajes hablaran "en argentino". ¿Por qué? Pues sencillamente porque estaban (y están) acostumbrados al lenguaje neutro. Estaban, y están, podríamos decir, adoctrinados.

Los espectadores de cine argentinos nos hemos acostumbrado a leer en una lengua que no es la nuestra por motivos exclusivamente económicos, monetarios, y no culturales. Pero ¿no se supone que una lengua es la forma de expresión de una cultura? ¿No se nos está negando así, de algún modo, la posibilidad de comunicarnos en nuestra propia lengua real? ¿No se nos está despojando, en cierto sentido, de nuestra propia cultura? Y lo peor es que, una vez más, es por dinero, o, para ponerlo en términos históricos, una vez más nos venden espejitos de colores y lo aceptamos alegremente. Si la pregunta es, entonces, "¿de quién es el idioma?", es obvio que, al menos en el cine, no es nuestro, sino de ellos, los que lo pagan y disponen qué debemos leer y cómo debemos leerlo, aunque sea extraño a nuestra propia cultura, a nuestra propia lengua, a nosotros mismos.

Encuesta

Ocho respuestas a una misma pregunta

Poetas, narradores y traductores de la Argenti Chile, España, México y Perú responden a la pregunta que estructura este número especia de Ñ, ofreciendo su personal perspectiva respecto de la hipotética propiedad de la leng



Fernando Iwasaki
NARRADOR PERUANO

¡Viva la ñ de "siweña"!

El pasado 14 de junio se cumplieron veinticinco años de la muerte de Jorge Luis Borges, el último genio de la literatura universal y el gran clásico de la lengua española después de Miguel de Cervantes. No puedo dejar de pensar en Borges por dos razones esenciales. Primero, porque lo venero desde los 15 años y –segundo– porque el 20 de junio pasado el gobierno español promovió la celebración del día "E", un homenaje a nuestra lengua por haber alcanzado los 500 millones de hablantes. ¿Festejarán algo parecido chinos, indios y rusos? ¿Tendrán los anglosajones un día "E" (de "English") como el nuestro? Pienso que el verdadero motivo de celebración debería ser que contamos con un autor como Borges y no con 500 millones de hispanohablantes.

En vida Borges fue admirado por Beckett, Calvino y Nabokov, pero después de su muerte los adoradores no han dejado de multiplicarse. Así, Eco, Steiner, Kundera, Rushdie, Bloom, Naipul o Coetzee, son apenas algunos de los que proclaman su devoción por el gran escritor argentino, una de las cuatro grandes figuras literarias del siglo XX junto a Kafka, Proust y Joyce. Es decir, un genio en lengua española a la par de los genios en lengua alemana, francesa e inglesa. Sin Borges nuestro idioma siempre sería muchísimo más pobre, aunque fuésemos cinco mil millones de hispanohablantes.

Siempre había pensado que el castellano era de sus hablantes y en ningún caso de las academias, pero ante el auge del mal uso del idioma y de la prisa de los académicos por bendecir palabros como "murciégalo" y "oenegé" (¿para cuándo "jotapegé"?), creo que las lenguas –cualquier lengua– le pertenecen a quienes las hablan bien y las escriben mejor. ¿De qué sirve tanta mojiganga para proteger la eñe y garantizar su existencia en los teclados si luego la gente escribe *siweña*?

Algunos de los principales idiomas del planeta derivan hacia un esperanto mutante trufado de expresiones en inglés rupestre o de malas traducciones y peores doblajes de aquel horroroso sucedáneo *wild* de la lengua de Oscar. Si tal fuera el futuro del castellano –como se puede entrever en la escritura de los *sms*, los foros, las cibercharlas y las redes sociales–me apresuro a señalar como sus principales guardianes a los hispanistas de otras lenguas, los traductores del español a otros idiomas, los intérpretes simultáneos de cualquier país no-hispanohablante y hasta los miles de alumnos de castellano que se matriculan en academias, escuelas y universidades de todo el mundo. Ellos jamás escribirían *siweña*, no sólo por su fascinación hacia la eñe, sino para saborear la ce intervocal, ese diptongo tónico y su estrépito palatal: cigüeña. Por lo tanto, para mí el castellano le concierne más a un hispanista húngaro que a un ignaro de las Tres Mil Viviendas de Sevilla.

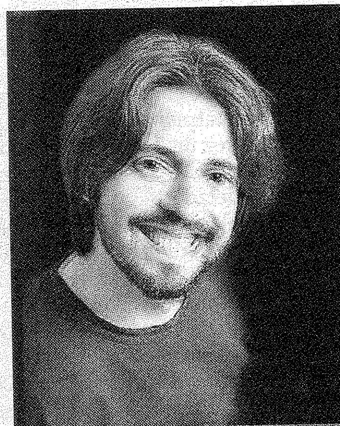
Finalmente, algunos optimistas sueñan con el español convertido en una lengua internacional para hacer negocios, esquivando reconocer que eso sólo podría ocurrir siempre y cuando una de las partes hable español. El día que un tailandés y un bengalí hagan negocios en castellano, me tragaré este artículo y gritaré "¡Viva la eñe de *siweña*"!



Matías Serra Bradford
NARRADOR ARGENTINO

Lugares del castellano

No es el castellano un idioma para tímidos (por eso hay tantos). Empieza siendo el idioma de los insultos resonantes –de las risas provocadas por los primeros insultos mal aprendidos– y se va depurando con rimas memorizadas, himnos que se desafinan a ciegas, lecturas temblorosas. Quien aprende a leer en castellano tendrá por siempre en sus manos un don y el correspondiente látigo –adapto la imagen que usa Capote para hablar del dotado con talento literario–, látigo y don en todo distintos a los que procura otro idioma. Los ritmos posibles son distintos, los matices, las reacciones. Para una misma persona, existe igual incomodidad –idéntica resistencia– en una lengua que en otra: la articulación es la piedra de Sísifo. Mientras tanto, el que escribe buscará toda la vida lo que promete aquella vieja sentencia: el escritor debe crear un idioma dentro de otro. ¿Alcanzar lo intraducible como un trofeo? El castellano gana metros con otro idioma cerca. Quiero decir, intimar con al menos una lengua extranjera contribuye a tomar distancia de la lengua materna, a extrañarla. La relación con ella se vuelve más consciente, más compleja, más intensa. No es un país el idioma, sino algo mucho más esencial: un nombre. Y otro, y otro. Un arca de escritores animales. Sigo tomando nota del castellano de Carlos Mastronardi, David Viñas, Silvina Ocampo. Del castellano de las cartas de Osvaldo Lamborghini; el que usaban Estela y Patricio Canto para traducir. El de Borges, oral y escrito. El castellano del mejor escritor argentino desde agosto de 1986, Tulio Halperin Donghi. El de chilenos límpidos y letraheridos como Enrique Lihn y Mauricio Wacquez. De españoles como Juan Benet, Corpus Barga, Rafael Sánchez Ferlosio y Alberto Cardín. Un nacionalismo de idioma, fortalecido por la diáspora. Un patrimonio salvaguardado, entre otros, por un padrino y una madrina: Julio Casares y María Moliner. Ese es el castellano que me espera, como un espejismo, más adelante. ¿En qué efecto estoy pensando cuando digo que me cautiva el castellano de Onetti y el de Carlos Real de Azúa? Necesito un léxico y un modo levemente anacrónicos para respirar el verdadero idioma. Como si el verdadero castellano no fuera el que escucho, sino el que leo. El castellano que cuando mejor actúa es evocando. Sonará ridículo decir que me siento más cerca del castellano de los conspiradores nombrados que del de mis compatriotas y contemporáneos más estrictos, pero la lengua tiene entre sus destrezas precisamente ésa, la de saber ponernos en ridículo.



Andrés Neuman
POETA Y NARRADOR ARGENTINO

Léxico de frontera

La lengua es del que la trabaja, del que la balbucea, de cualquiera que duda cómo decir lo que dice.

Un idioma no sólo co sino también pregunta, matiza. Más allá de los i político-editoriales, que y más allá de las dem localistas, que nos enca lengua no es de nadie. P preguntarnos de quién e tellano, pero también dó Dónde está quien lo habl lo escucha. Cuando entr se abre una distancia ge me interesan cada vez posibles soluciones, lo los puentes que les p compartir vocabulario. bulario fronterizo aún n sugiere un proyecto lite

Vale la pena distingui pañol estándar y españo tido. La lengua estánda (emplea vocablos y giros dicen en ninguna parte (apenas se renueva) y pre (nos la dan hecha en los los subtítulos, los medios las malas traducciones). gua compartida necesit lo contrario: sensibleme tiva (viviría buscando p expresiones que se diga o en muchas partes), (exploraría una equidis marcha, en discusión co poética (su elaboración d de los hallazgos de sus escrituras).

Me gusta imaginar critura está más cerca ducción que del solilo nuestro propio discurs arranca de la escucha d blas. ¿De quién es la le quienes la conversan.

COLECCIÓN GRANDES REUNIONES DEL JAZZ

Dinah and Clifford

DINAH WASHINGTON

15 ENTREGAS COLECCIONABLES que recogen la unión de varios talentos del género sobre el escenario y la capacidad de creación e improvisación de estos intérpretes.

Una colección indispensable, no sólo para los amantes del Jazz, sino también para todos los aficionados a la buena música.

CADA SEMANA, UNA NUEVA ENTREGA Y UN CD DE REGALO

CRONOGRAMA DE ENTREGAS

1. ELLA FITZGERALD & DUKE ELLINGTON "The Stockholm concert"	3 de Sep.
2. COLEMAN HAWKINS & ROY ELDRIGDE "Bean & Little Jazz"	10 de Sep.
3. DINAH WASHINGTON & CLIFFORD BROWN "Dinah and Clifford"	17 de Sep.
4. WYNTON MARSALIS & ART BLAKEY'S JAZZ MESSENGERS "My Ideal"	24 de Sep.
5. GERRY MULLIGAN & ART FARMER "News from Blueport"	1 de Oct.
6. SARAH VAUGHAN & OSCAR PETERSON "Easy Living"	8 de Oct.
7. DIZZY GILLESPIE & STAN GETZ "Exactly Like You"	15 de Oct.
8. LESTER YOUNG & THE OSCAR PETERSON TRIO "Ad Lib Blues"	22 de Oct.
9. BEN WEBSTER & THE MODERN JAZZ QUARTET "Confirmation"	29 de Oct.
10. GERRY MULLIGAN & CHET BAKER "Nights At The Turntable"	5 de Nov.
11. HARRY "SWEETS" EDISON & EDDIE "LOCKJAW" DAVIS "But Beautiful"	12 de Nov.
12. PAUL DESMOND & DAVE BRUBECK "Tea for Two"	19 de Nov.
13. WOODY HERMAN & LIONEL HAMPTON "Caldonia"	26 de Nov.
14. STEPHANE GRAPELLI & PHIL WOODS "Anything Goes"	3 de Dic.
15. PEGGY LEE & BENNY GOODMAN "Why Don't You Do Right"	10 de Dic.

→ TODOS LOS SÁBADOS, CON EL CUPÓN QUE VIENE EN REVISTA Ñ + $9,90.

COLECCIÓN GRANDES REUNIONES DEL JAZZ

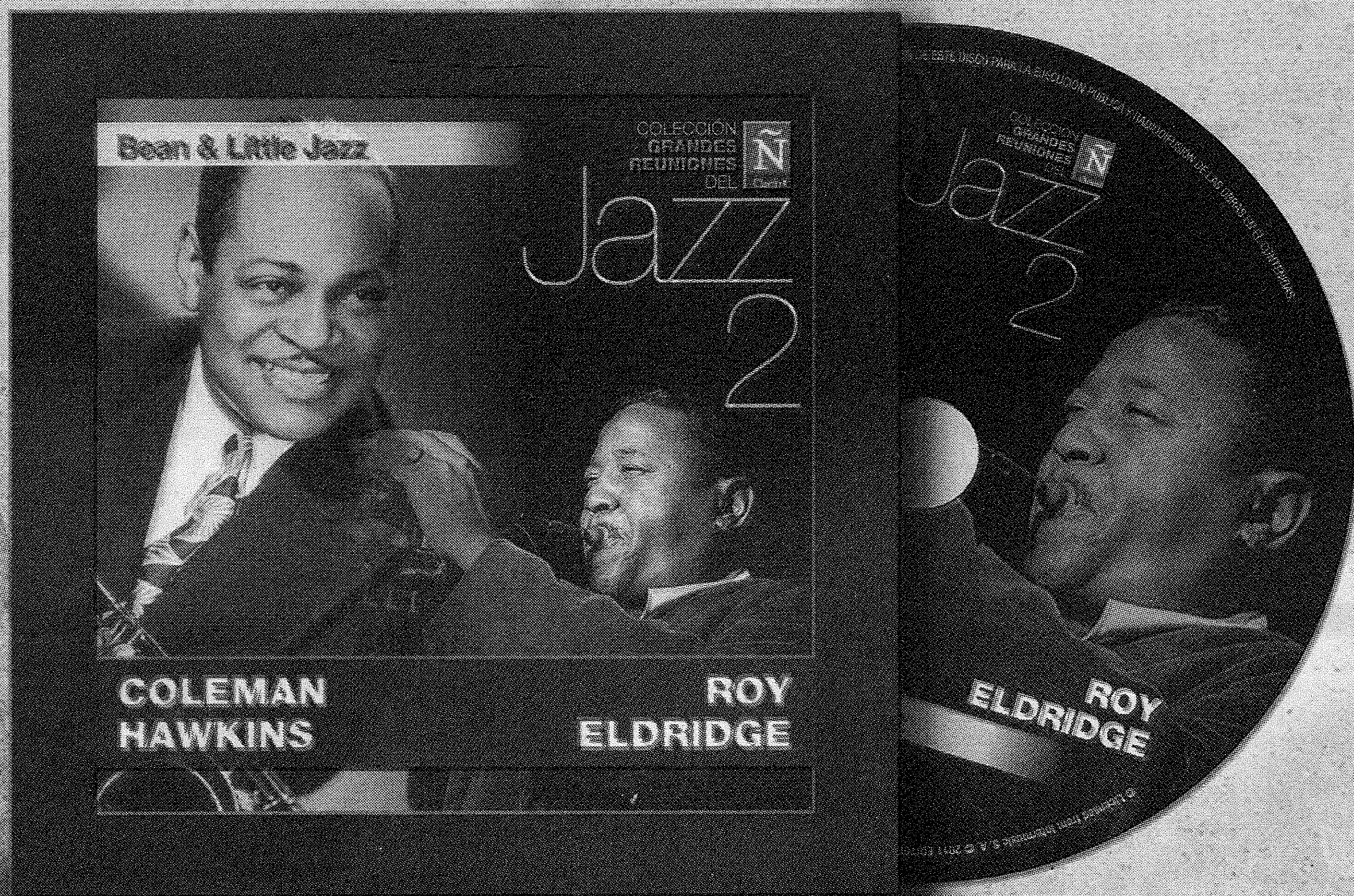
PRÓXIMO SÁBADO

ENTREGA N°2

COLEMAN HAWKINS & ROY ELDRIGDE

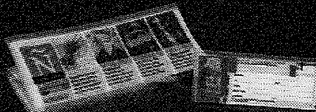
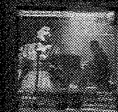
"Bean & Little Jazz"







PRÓXIMAS ENTREGAS

 + $9,90 =  + 

PRESENTANDO EL CUPÓN QUE VIENE EN REVISTA Ñ + $9,90. PRECIO SIN CUPÓN $15,90.

→ TODOS LOS SÁBADOS UNA NUEVA ENTREGA EN TU KIOSCO. RESERVALA.

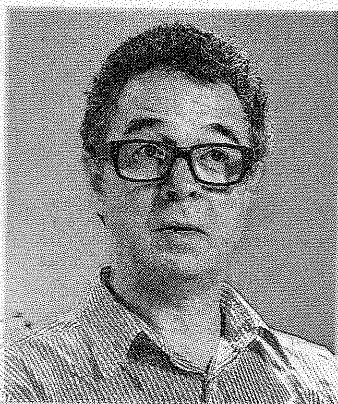
Clarín



Armando Roa Vial
POETA Y TRADUCTOR CHILENO

Es de todos y de nadie

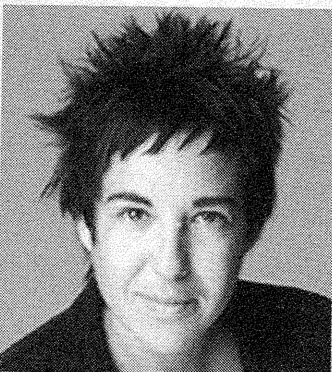
Una lengua existe no para enmohecerse en los diccionarios o en los compendios de gramática. Nombrar es un acto cuya culminación está en su hacerse y cuyo locutor es un ser inacabado que involucra en la palabra su universo subjetivo e intransferible, no reducible a casuística. Bajo este prisma la pregunta sobre la pertenencia del castellano no puede ser respondida invocando autoridades o derechos hereditarios. Es ilustrativo, al respecto, revisar la poesía del siglo XX para comparar dos actitudes frente al idioma: reverencia excesiva versus plasticidad. A mí me lo dijo un poeta peninsular, Leopoldo María Panero, en una visita a Chile: "España no ha hecho en poesía nada relevante después de Quevedo y Góngora". Ese dictamen, bastante drástico, lo suscribió también Jorge Luis Borges, levantando una polvareda de discordias. Sin afán de polemizar, creo indiscutible que la revitalización del castellano en poesía correspondió a los países latinoamericanos y no a España. Basta para ello repasar las cimas poéticas alcanzadas por nuestro continente, con una constelación vigorosa de voces, desde Rubén Darío hasta hoy, que han obligado a refundar no sólo la poesía, sino también el idioma. El arrojo, la audacia experimentadora o la savia volcánica de poetas como Vallejo, Neruda, Huidobro, Villaurrutia, Pablo De Rokha, Lezama, Paz, Alvaro Mutis, o Nicanor Parra, por escoger sólo unos pocos nombres dentro de una pléyade mucho más numerosa, habla por sí sola. Comparados a ellos, la poesía española nos resulta revenida y anémica, en ocasiones imperdonablemente retórica, con sabor a odre viejo. La reverencia excesiva por la tradición termina por emascular el aire fresco, la imaginación y el nervio del lenguaje. En Latinoamérica, al tener menos historia, sentimos la urgencia innovadora de un futuro que está por construirse, siendo la lengua parte de esa apuesta, una lengua asumida como un punto de partida y no de llegada. ¿De quién es el castellano? De todos y de nadie. El azar y el misterio de la palabra se resisten a propietarios. A los idiomas hay que pedirles lo mismo que Borges le pedía a la literatura: abstenerse de estatutos definitivos, "frutos de la religión o el cansancio".



Pedro Serrano
POETA Y TRADUCTOR MEXICANO

Lingua franca o de lengua me como un plato

La lengua es dúctil y maleable, como el cerebro, y se acomoda a muchas cosas. Va creciendo, doblándose y desdoblándose de acuerdo a los meandros que le toca recorrer, constriñéndose casi hasta el silencio en las gargantas del solipsismo o expandiéndose floridamente en múltiples sonoridades como aquellos carteles pop de los años sesenta. Pertenece a quienes la tienen como "primera lengua" y a todo aquel que se arriesgue a entrar en sus vericuetos por primera vez. Quienes pujan por preservarla en su estado original tienen el mismo derecho de suelo que aquellos que la buscan, la buscan y no la buscan, como se dice en la fricativa geografía maya de Yucatán, o los que la laburan en las márgenes del Adriático rioplatense. Nuestro oído está acostumbrado a una norma, y pensamos que ahí es donde mejor cuaja sólo porque confundimos el músculo con la abstracción, variadísima en sus acomodos, en que han ido decantándose más de mil años de historia compartida, festividades y violencias incluidas, de esta lengua nuestra de todos los días. Cuando escuchamos el español de un oriundo de Alabama pensamos que así como lo malhabla también lo malentiende, y disminuimos inconscientemente la velocidad de crucero de nuestra habla, sólo porque suena raro. En las personas con síndrome de Down, durante mucho tiempo se confundió su manera particular de emitir sonidos con una malformación mental, sin caer en cuenta que es resultado de un rasgo anatómico de su paladar. La lengua es un lugar común y también acción individual. Por eso, sin negar la realidad histórica, resulta una proyección excesiva hablar de lenguas de colonizadores y lenguas colonizadas. La misma lengua puede utilizarse perfectamente para dominar, para ejercer la más sorda agresión y para regocijarse o llorar. Si bien es cierto que hay que tener cuidado con el uso que le damos, en muchos momentos, lo único permisible es, justamente, irse de la lengua. De eso está hecha su cadencia multicolor y multiforme.



Gabriela Cabezón Cámara
NARRADORA ARGENTINA

No es de ninguna academia

El castellano es mío: quiero decir que no es de nadie y es de todos, de cada uno de los que lo hablamos. Tanto de los que lo aprendieron en la cuna como de los chinos que, seguramente debido a alguna maniobra de traducción que desconozco, terminan bautizando "Hermosura" o "Gracia" o "Contentísima" a sus supermercaditos que están en todas las ciudades de nuestra región. O de los paraguayos que lo mezclan con guaraní y les pueden salir oraciones tan lindas como "Mi casa de mí". O de los bolivianos que, a causa de su matriz aimara, por ejemplo, usan el infijo "ri" como fórmula de cortesía: "pasarime" que significa "pasame por favor".

El castellano es de los profesores y de los escritores de todos los países, claro.

El castellano es de los pibes del conurbano, que pueden o no saber leer, para quienes la palabra "bardo" no tiene nada que ver con ningún poeta épico, sino con algún desorden, divertido o no, con un bardo, a ver, que esa ya la sabemos todos.

El castellano es de todos. Y mío. No es, no quiero que sea, de ninguna academia. Y menos de la Real Academia Española. Ni de las grandes editoriales ibéricas. De ellos, de los que manejaban la mayor cantidad de dinero, fue el poder estandarizador hasta ahora. Ya no. Se podría haber logrado de un modo menos lamentable. Pero será la crisis europea la que terminará licuando ese poder y también las "pollas" y los "coños" que van pasar a ser democráticamente pares de nuestras pijas y las conchas.



Luis García Montero
POETA Y ENSAYISTA ESPAÑOL

Una geografía personal

Suele decirse que el idioma es la patria del escritor. Confieso que prefiero la imagen de una ciudad a cualquier definición, política o filosófica, de una patria. Por eso me gusta contarme a mí mismo, mientras leo un libro y pongo en palabras mis imaginaciones, que el idioma es la ciudad del escritor. Me he dedicado durante muchos años a pasear por las calles de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado, a sentarme en las plazas de Jorge Luis Borges y Pablo Neruda, a subir la cuesta de Rafael Alberti, a caminar junto a un río llamado Federico García Lorca y a cruzar por unos puentes que llevan el nombre de Gustavo Adolfo Bécquer, Rubén Darío, Aurelio Arturo, Jaime Sabines o Rubén Bonifaz Nuño.

Siempre resulta difícil saber a quién pertenece una patria. Ese sentido de la posesión es, además, peligroso y casi siempre nos lleva hasta el domicilio de los usurpadores. Pero todo se aclara cuando nos preguntamos por los propietarios legítimos de una ciudad. Son los paseantes, los que recuerdan la luz de un amanecer o el viento de un otoño, los que van al trabajo o vuelven de una fiesta, los que se bajan de los autobuses o suben por las escaleras del metro, los que murmuran palabras de amor en un rincón, los que recuerdan viejas historias de lugares desaparecidos, lo que vagabundean al cabo del año por un callejero completo, pero no olvidan que el espacio urbano que fatigan y respiran es una geografía personal.

El idioma, concebido como ciudad, pertenece a sus hablantes. Las palabras conforman un espacio público habitado por la intimidad del que entra o sale de un verbo, abre las puertas de un adjetivo, ordena una frase como quien organiza el tráfico o aprieta un silencio del mismo modo que se apaga una luz. El idioma es ancho e inabarcable, pero todo el mundo conoce el matiz de una pequeña taberna y una ventana con vistas al mar.

Por los nombres de mi callejero, supongo que no caben dudas.

Concibo la poesía como la capital de un idioma sin centros.



Hernán Ronsino
NARRADOR ARGENTINO

Ecos de la lengua erosionada

La palabra es *costillal*. La escribo en uno de los relatos de mi primer libro. La repito varias veces en la historia. Hay en el interior de esa palabra el murmullo de asados, de reuniones y partidos de truco: es decir, noches de verano, interminables, en el taller mecánico de mi Viejo. Resuenan, allí, los ecos de una lengua erosionada. Una lengua que suprime los bordes de algunas palabras o altera letras. Entonces algunos nombres dichos oralmente son muy distintos a la forma en que aparecen escritos. Tengo presente, todo el tiempo, la memoria de esa lengua erosionada a la hora de escribir *costillal*. Claro que la fidelidad a ese decir tiene sus limitaciones. Como también la negación de su potencia a partir de un puro sistema de reglas predominante. Por eso cuando me encuentro, en las pruebas de imprenta, con las anotaciones de la correctora, me enfrento a un dilema. La correctora tacha la palabra *costillal* y pone, claro, la palabra "costillar".

Leí varias veces el relato con la palabra correcta. Y cada vez que pasaba por ahí, me encontraba con una palabra muerta. Una zona desierta que no me representaba. Una lengua del centro, oficial. Pensé en esa correlación. En el uso o la custodia de la lengua. Pensé en las semejanzas entre los maestros y la figura del corrector. Me gusta la lengua que es como un árbol torcido; como un árbol guacho que crece sin reglas o mejor que se impone sus propias reglas y busca, así, su forma. Me gusta explorar en ese territorio –marginal casi siempre– y recuperarlo como voz genuina, como materia con la cual poder narrar. Será por eso que, finalmente, decidí corregir a la correctora. Y volví a escribir, sobre la palabra correcta, ésa que dejaba brotar el eco de una lengua erosionada, es decir, una lengua cargada, para mí, de vitalidad.